

EL DEÁN MARTÍ Y EUROPA *

Pablo Pérez García

Universitat de València

LA figura de Manuel Martí Zaragoza (1663-1737), deán de la Colegiata de San Nicolás de Alicante, disfruta de una salud historiográfica envidiable, gracias no sólo a la cantidad, sino especialmente a la talla de sus estudiosos.¹ Su biografía y, muy particularmente, su vinculación con la cultura literaria europea de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII,² continúa sin embargo presentando zonas de penumbra y suscitando no pocos interrogantes.³ Celoso custodio de su gloria postrera, el Deán nunca opuso en vida una resistencia severa a que se representasen sus hazañas en el campo de la creación literaria, la erudición o la ciencia anticuaria. Su única condición fue ejercer un control “tartáreo” sobre los detalles y la factura misma de la obra. Apenas lo consiguió con la *Biblioteca Valentina* del trinitario José Rodríguez, “cacatorio de frailes, cosa indigna, fratérrima, aborto de una cabeza sin juicio”.⁴ Pero aprendió la lección. Los dos perfiles biográficos que siguieron al ensayo de Rodríguez fueron supervisados *ad unguem* por un Martí nada dispuesto a ventilar pormenores sobre su vida personal y, de hecho, pueden ser considerados genuinas “autobiografías”. El primero fue compuesto por el napolitano César Lorenzo Bolifón, hermano del superin-

* El presente estudio se enmarca dentro del proyecto de investigación titulado “La proyección europea de los ilustrados valencianos”, subvencionado por el *Plan valenciano de investigación científica, desarrollo tecnológico e innovación de la Generalitat Valenciana*, código GV 99-111-1-9.

¹ Aludiremos a todos ellos a lo largo de las páginas que siguen. Baste indicar ahora que el profesor Antonio Mestre Sanchis prepara una biografía actualizada del Deán que probablemente verá la luz dentro de escasos meses.

² Se trata de la etapa que Hazard bautizó como “crisis de la conciencia europea”. Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*. París, 3 vols., 1935.

³ Hemos abordado la cuestión en el estudio titulado *El deán Manuel Martí Zaragoza (1663-1737): relaciones eruditas y patronazgo durante la crisis de la conciencia europea* (en prensa).

⁴ José Rodríguez, *Biblioteca Valentina*. Valencia, 1747. Como se sabe, la obra del trinitario fue editada parcialmente en vida de su autor, pero circuló manuscrita entre los eruditos valencianos hasta que, finalmente, pudo ser editada en 1747, enriquecida y actualizada con adiciones y notas de Ignacio Savalls.

tendente de rentas reales y salinas de la ciudad de Alicante Felipe Bolifón, el 1 de marzo de 1722, y apareció antepuesto a la edición de la elegía martiniana titulada *Apasterosis*.⁵ El segundo, mucho más extenso y completo, fue redactado por Gregorio Mayans entre 1732-1733 y se publicó como pórtico de la colección de cartas latinas del Deán —*Epistolarum libri duodecim*—.⁶

El valor histórico de la *Martini Vita* es incalculable. Junto con el propio epistolario latino y el castellano, editado en 1973 por Antonio Mestre,⁷ la biografía mayansiana de Martí constituye, no ya un filón, sino la veta misma donde continúan picando hoy en día sus estudiosos. Ahora bien, dicho esto, convendrá añadir a continuación que el trabajo biográfico de Mayans también resulta decepcionante en ocasiones. Aguijoneado por esa premura y esa pasión de publicar a ultranza tan mayansiana, D. Gregorio construyó un texto excesivamente fiel a las manías del anciano Deán: plúmbeo, redundante, un tanto acrítico y, sobre todo, plagado de lagunas que nadie mejor que él podría haber desecado, dada su familiaridad y semanal correspondencia con el erudito de Oropesa. Pero Mayans tenía prisa, mucha prisa. Arrebatado de juvenil pundonor tras haber visto rechazada su candidatura en las oposiciones a la pavorría de Leyes de la Universidad de Valencia (1729), D. Gregorio se inflamó de orgullo y pretendió demostrar su valía a base de prescribirse metas completamente irreales. Todas ellas apuntaban allende los Pirineos y perseguían hacerse un hueco en aquella prestigiosa República europea de las Letras donde moraban tantos españoles como ricos en el Cielo. Comprender las debilidades estructurales de la *Martini Vita* y la mies de erratas que el ciego Deán consiguió cosechar en la primera edición de los *Epistolarum libri* implica, pues, no desconocer que Mayans estuvo inmerso en un total de seis grandes trabajos y proyectos editoriales simultáneos entre 1731 y 1733: la redacción de las poco prudentes *Nova literaria ex Hispania* que aparecieron en el número de septiembre

de 1731 de las *Acta Eruditorum* de Leipzig, la edición lionesa de los *Tractatus academici* de Juan de Puga (iniciada en 1731, pero culminada en 1735), la publicación de los mayansianos *Epistolarum libri sex* dedicados al cardenal Fleury (Valencia, 1732), la composición y edición del *Orador cristiano* (1733), obra dedicada al confesor William Clarke, la impresión de la *Continuación de la Historia del P. Mariana* del trinitario José Manuel Miñana (La Haya, 1733) y, por último, la biografía y el epistolario latino de Martí, cuya gestación y parto corrieron parejos al ritmo editorial de los escritos del Dr. Puga.⁸

Nada mejor, en definitiva, que airear esta actividad vertiginosa y febril en pos de un prestigio que, de momento, nadie —salvo Martí— le reconoció, para dar cuenta de las penumbras que jalonan la *Martini Vita*. El Deán, por descontado, nunca quiso que se desvelase ni más ni menos que cuanto reseñó en sus brevísimas memorias —los llamados *apuntes autobiográficos*—⁹ o aquello que autorizó a hacer público en su correspondencia íntima con el de Oliva. Pero Mayans tampoco se esforzó mucho, a decir verdad, por desentrañar los “secretos” que sobre sí mismo custodiaba su anciano maestro, siquiera fuera en satisfacción de su propia curiosidad. Así pues, los interrogantes que suscita la *Vida de Martí* continúan hoy en pie. Presumimos que algunos podrían ser desvelados si aparecieran nuevos textos martinianos en el archivo ducal de Medinaceli —casa a cuyo servicio estuvo nuestro erudito poeta y anticuario durante los años de la Guerra de Sucesión—,¹⁰ o se localizase el documento de la pesquisa que sobre Martí ordenó recopilar en 1715 el confesor real y máximo responsable de la Real Biblioteca, el P. Guillermo Daubenton,¹¹ fuentes ambas cuya búsqueda ha resultado infructuosa. Desafortunadamente, pues, no estamos en disposición de ofrecer novedades documentales sobre el Deán. Sólo podemos intentar administrar los caudales historiográficos previamente atesorados de modo que, más allá de las evidencias incontrovertibles, permitan entrever —siquiera a manera de hipótesis— la solución a muchas de las cuestiones que la biografía mayansiana dejó sin resolver.

⁵ Manuel Martí, *Apasterosis sive in Astrum Conversio*. Madrid, por Nicolás Rodríguez Francos, en 4º, 1722. El lector puede consultar su traducción en Fco. Jorge Pérez Durá, *Epistolario Manuel Martí, deán de Alicante, y Felipe Bolifón*. Alicante, Instituto de Estudios Allicantinos, 1979, págs. 65-72.

⁶ *Emmanuelis Martini, ecclesiae alonensis decani, Epistolarum libri duodecim [...]*. La primera edición, integrada por tres tomos, de los cuales el primero contenía la biografía del Deán o *Martini Vita*, fue publicada en Madrid, en las prensas de Juan de Zúñiga en 1735, y apenas tuvo una tirada de 300 ejemplares. La segunda, en dos volúmenes, fue publicada en 1738 por los impresores de Amsterdam J. Wetstenium y G. Smith, precedida de una breve introducción de Wesseling. De esta obra extrajo Christian Gottlieb Jöcher la información que sobre Martí podemos hallar en las ediciones de 1751 y 1813 de su *Allgemeines Gelehrten Lexicon*. En nuestras citas de los *Epistolarum libri XII* utilizamos la edición de 1738.

⁷ Gregorio Mayans y Siscar, *Epistolario III. Mayans y Martí*. Valencia (transcripción, notas y estudio preliminar de Antonio Mestre), Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, nº 5, 1973. En lo sucesivo citaremos esta obra como *Epistolario III*.

⁸ Todos estos extremos pueden seguirse cumplidamente en Antonio Mestre Sanchis, *Don Gregorio Mayans y Siscar, entre la erudición y la política*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, págs. 78-97.

⁹ Luis de Ontavilla (pseudónimo de Pascual Boronat), *El deán Martí. Apuntes bio-bibliográficos, precedidos de una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Danvila y Collado*. Valencia, 1899.

¹⁰ Luis Gil, “La España de Felipe V vista por el deán Martí”, en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez. Tomo III. Estudios Históricos*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, págs. 279-280.

¹¹ Luis García Ejarque, *La Real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)*. Madrid, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1997, pág. 42.

EL JOVEN MARTÍ: NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

Casi todo cuanto sabemos sobre los primeros veintidós años de la vida de Martí se reduce a sus estudios, maestros y actividades literarias. De su familia y su medio social originario conocemos muy poco. En los *apuntes biográficos*, sólo consta el lugar y fecha de su nacimiento –Oropesa (Castellón), 19 de julio de 1663–, así como los nombres de sus padres, José Martí y María Zaragoza, *honestos y muy conocidos y respetados en todo aquel contorno*.¹² Más tarde el Deán aclararía a Mayans que su padre era natural de Oropesa y su madre de Torreblanca.¹³ Y D. Gregorio, por su parte, añadió: *ambos asaz acomodados por su hacienda familiar y los ingresos de las rentas del campo y los rebaños, que mantenían holgadamente el decoro y la dignidad de la casa*.¹⁴ ¿Acaso poseía Mayans otras fuentes de información sobre su biografiado? Desde luego no parece que Martí fuese muy locuaz en lo tocante a su entorno familiar. Sin embargo, D. Gregorio había coincidido en Salamanca con uno de los hermanos del Deán y es harto probable que José Martí comunicase a su paisano muchas de las consabidas referencias familiares.¹⁵ Aunque la cuestión nunca fue abordada en la correspondencia Martí-Mayans, todo invita a pensar que el Deán tuvo, al menos, cuatro hermanos: José, Juan, José Manuel¹⁶ y una hermana, cuyo nombre desconocemos y que, al parecer, debió contraer matrimonio con Marco Antonio Ortiz.¹⁷ Más aún, del contexto de una carta dirigida por el Deán a sus hermanos varones parece desprenderse que su padre enviudó de D^a María Zaragoza y contrajo segundas nupcias con quien debió ser la madre de sus tres –en realidad– hermanastros: [...] *se me adjudica el famoso algarrovar donde está el corral de ganado, siendo así que no tengo yo derecho a él, ni puede recaer en mí, por ser bienes de v[ue]stra madre*.¹⁸ Tal vez este virtual segundo matrimonio de D. José Martí esté relacionado de alguna ma-

nera con ciertas dispensas matrimoniales a las que se alude en una carta remitida por el Deán a su padre en julio de 1691.¹⁹

Sea como fuere, está por determinar si D. José Martí fue exclusivamente un rico propietario rural y hacendado ganadero, o si –como, por otra parte, no sería extraño– mantuvo otro tipo de ocupaciones –mercantiles, por ejemplo– o desempeñó cargos públicos en el consistorio de Oropesa. De poderse documentar, este último aspecto permitiría reinterpretar en un sentido política y socialmente más profundo las sentidas consideraciones del Deán sobre los infortunios que se abatieron sobre su casa a mediados de 1707 como consecuencia del avance de las tropas borbónicas: *Pues, ¿adónde podría dirigirme? ¿Qué imagen divina abrazar tras haber sido arrancada mi familia de sus lares, sus bienes en parte substraídos, en parte arruinados y –lo que es mucho más triste– tras la destrucción de la patria?*²⁰ Parece evidente, en cualquier caso, que la familia Martí gozaba de una posición lo suficientemente desahogada como para permitirse costear los estudios universitarios de dos de sus hijos al menos: primero de Manuel en Valencia y Roma, y, después, de José en Salamanca. La escrupulosidad cronológica de Mayans nos permite seguir muy de cerca las etapas sucesivas de la carrera académica del futuro deán de San Nicolás de Alicante. Estuvo bajo la tutela de sus padres en Oropesa desde su nacimiento hasta 1669. A finales de este año fue enviado a casa de su abuela materna en Torreblanca donde aprendió a leer y escribir. Apenas cumplidos diez años de edad, marchó a Castellón de la Plana (1673) para recibir los tres cursos preceptivos de latinidad de manos del *famoso maestro de Gramática* Miguel Falcó, *cuyo nombre era celeberrimo en aquellos tiempos por haber reformado un tanto las instituciones corrientes de Gramática con la edición de un Compendio de Sintaxis, opúsculo ciertamente ligero, pero en el que se puede alabar como mérito el haber seguido en general la doctrina de Francisco Sánchez de la Brozas, el príncipe de los gramáticos*.²¹ Muy gratificante hubo de ser aquel trienio castellonense cuando el Deán, meses antes de producirse su fallecimiento, obsequió a los Justicia y Regidores de aquella ciudad con un ejemplar de sus *Epistolarum libri XII*, añadiendo en la carta que acompañaba al ejemplar: [...] *teniendo yo tan recientes en mi memoria y gratitud los singulares favores que deví a essa nobilissima villa en el tirocinio de mis primeros estudios (lo que ha engendrado en mí un amor indeleble)* [...].²²

Transcurrido el verano de 1676, Martí se traslada a Valencia y se matricula en la Facultad de Artes del *Estudio General*. El futuro deán, que enton-

¹² Luis Gil Fernández, “Los apuntes autobiográficos del deán Martí”, en *Estudios de humanismo y tradición clásica*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984, pág. 279.

¹³ Martí a Mayans (19-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 303.

¹⁴ Gregorio Mayans y Siscar, *Emmanuelis Martini, ecclesiae alonensis decani, Vita [...]*. Valencia (estudio preliminar, edición bilingüe y comentario de Luis Gil Fernández), Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Serie Menor, III, 1977, págs. 55 y 57. En lo sucesivo citaremos esta obra como *Martini Vita*.

¹⁵ En la primera epístola de Mayans a Martí ya figura una mención a su hermano José: [...] *supliqué a tu hermano José, joven extraordinario, que te enviara estas modestas cartas [...]*. Mayans a Martí (2-XII-1720), en *Epistolario III*, pág. 4.

¹⁶ Martí a José, Juan y José Manuel Martí (2-III-1726), en *Epistolario III*, págs. 422-424.

¹⁷ Martí a Marco Antonio Ortiz (23-II-1725), en *Epistolario III*, pág. 422.

¹⁸ Martí a José, Juan y José Manuel Martí (2-III-1726), en *Epistolario III*, pág. 423.

¹⁹ Martí a José Martí (22-VII-1691), en *Epistolario III*, pág. 420.

²⁰ L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, pág. 281.

²¹ *Martini Vita*, pág. 57.

²² Martí a los Justicia y Regidores de Castellón de la Plana (22-X-1735), en *Epistolario III*, pág. 443.

ces contaba trece años de edad, recibió las enseñanzas del maestro en Artes Vicente Esteve durante un trienio completo.²³ A comienzos del curso 1679-1680, Manuel Martí estaba, pues, en disposición de iniciar estudios de Teología Escolástica, un ciclo que nunca llegaría a concluir y que abandonó en un momento indeterminado del ciclo académico 1682-1683.²⁴ Entre sus profesores de aquella etapa destacaron los teólogos valencianos Marcelo Marona y Antonio Prats, el castellanense Juan Bautista Escuder y el aragonés Francisco Milá de Aragón.²⁵ A punto de cumplir –o recién cumplidos– veinte años, Martí se sentía mucho más atraído por la bulliciosa vida mundana, musical y literaria de la Valencia de finales del siglo XVII que por las aburridas clases de la Universidad. En realidad, el joven Manuel Martí ya había entrado en contacto con la rutilante atmósfera de las academias valencianas al tiempo de iniciar sus estudios de Teología. Ya fuera gracias al ascendiente de su padre, de algún familiar o amigo, o a la brillantez de su precoz estro poético, lo cierto es que Martí quedó pronto vinculado a la llamada *Academia del Parnaso*.²⁶ Junto con la más conocida y famosa *Academia del Alcázar*, el *Parnaso* había comenzado su andadura a comienzos de la década de 1680. A juicio de Pasqual Mas, ambas academias –así como las que irían constituyéndose hasta comienzos del XVIII– representaron un importante hito dentro del academicismo valenciano del Barroco.²⁷ Sus reuniones periódicas –de asistencia obligatoria, en algunos casos–, la estructura jerárquica de sus cargos, el diseño de áreas temáticas bajo la directa responsabilidad de los académicos llamados “superintendentes”, la organización de homenajes –como el que el Alcázar dispensó al dramaturgo Pedro Calderón de la Barca el año de su fallecimiento–²⁸ y de actos públicos, sus veladas poéticas y musicales, y su gusto por las representaciones teatrales supusieron, sin duda, un paso hacia adelante respecto de sus precedentes, menos regulares, menos especializadas y con una proyección sustancialmente menor sobre la sociedad valenciana de la época.

La *Academia del Parnaso*, a la que también perteneció Pedro Vallterra y probablemente el inquisidor Juan de la Torre Guevara,²⁹ fue un círculo

²³ Siendo todavía profesor de Filosofía de Martí entre 1676 y 1679, Vicente Esteve opositó y ganó una cátedra de Filosofía Tomista en la Universidad de Valencia (7-V-1678). Amparo Felipo Orts, *La Universidad de Valencia durante el siglo XVII (1611-1707)*. Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria d'Educació i Ciència, Col·lecció Fonaments, nº 4, 1991, págs. 324 y 411.

²⁴ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 280; *Martini Vita*, pág. 59.

²⁵ Amparo Felipo, *La Universidad [...]*, págs. 347-348 y 433 (Marona); 366-367, 410 y 437 (Prats); 323 y 448-449 (Escuder); 353 y 432 (Milá).

²⁶ *Martini Vita*, pág. 61.

²⁷ Pasqual Mas i Usó, “Academias valencianas durante el Barroco”, en Evangelina Rodríguez Cuadros (ed.), *De las academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*. Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 1993, especialmente págs. 201-224.

²⁸ *Ibidem*, pág. 206.

²⁹ *Ibidem*, pág. 201; *Martini Vita*, pág. 61.

cultural orientado esencialmente hacia el cultivo de lo que podríamos llamar las “artes escénicas” –poesía, música, teatro–, de tal manera que Pasqual Mas no ha dudado en calificarla como un claro paradigma de academia “azarzuelada” o “teatralizada”.³⁰ Este “espíritu parnasiano” permite comprender adecuadamente la orientación poética y teatral de las primeras producciones martinianas que Mayans pudo conocer, en parte gracias al propio Martí,³¹ en parte a través del manuscrito del padre José Rodríguez.³² El de Oliva, pudibundo en exceso y cargado de prejuicios sobre la música y su “sensualidad”, no parece que creyera a su anciano correspondiente cuando éste afirmaba haber compuesto algunas zarzuelas en su juventud.³³ Por el contrario, no se hurtó de precisar con cierto énfasis el título de cuatro comedias juveniles que, quién sabe si *se representaron en los teatros con gran aplauso*,³⁴ o si, más bien, se leyeron en forma dramatizada en alguna de las reuniones del *Parnaso*. Hacia 1682, tras haber puesto a prueba sus dotes literarias en la composición de un sinfín de poemas líricos,³⁵ el futuro Deán dio forma a dos textos de gran formato: una silva titulada *Soledad* en que imitaba la primera de D. Luis de Góngora,³⁶ y veinticuatro elegías latinas de temática naturalista tituladas *Amalthea Geographica sive De rerum copia*.³⁷ Ignoramos si la *Gigantomaquia, poema heroico en octava rima dividido en cuatro libros*, fue compuesta antes o después.³⁸ De lo que no parece caber la menor duda es de que las *Décimas sobre la brevedad de la vida y sus desengaños* corresponden a otra etapa –indeterminada

³⁰ P. Mas, “Academias [...]”, págs. 201-202 y 209.

³¹ L. Gil, “Los apuntes [...]”, págs. 280-281.

³² El juicio de Martí sobre la misma –no exento, seguramente, de antipatía personal– ha sido ya comentado. Martí a Mayans (1-VIII-1732), en *Epistolario III*, pág. 263.

³³ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281.

³⁴ Se trataría de las tituladas *Amar y no amar a un tiempo, ¿Qué más infierno que amor?, Tener de sí mismo celos y Ulises y Penélope*, alguna de las cuales bien podría haberse representado en forma cantada. *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

³⁵ Es posible, como apunta Mayans, que la composición de alguno de ellos se remontase a su estancia en Castellón. *Martini Vita*, pág. 63. Bien parece, desde luego, que el recuerdo de su iniciación a la poesía por el maestro Falcó hizo que el joven Martí, con 18 años de edad, remitiese al gramático de Castellón varias composiciones. Dos de ellas fueron editadas en la *Falconis Castalia* (Valencia, 1682). Luis Gil Fernández, “El círculo romano del deán Martí y sus corresponsales extranjeros”, en Jordi Pérez i Durà - José María Estellés (eds.), *Los humanistas valencianos y sus relaciones con Europa: de Vives a Mayans*. Valencia, Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Valencia, 1998, págs. 153-155.

³⁶ *Soledad* recibió la aprobación del inquisidor Juan de la Torre Guevara y fue editada en 4º por Francisco Mestre (Valencia, 1682). *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

³⁷ Compuso Martí *Amalthea Geographica* a la edad de 18 años, pero no la editó hasta haberse instalado en Roma [por Domenico Antonio Ercole, 1686, en 8º], lo que invita a pensar que, tal vez, utilizara esta obra como tarjeta de presentación ante los cenáculos literarios de la Ciudad Eterna. *Martini Vita*, págs. 63 y 293.

³⁸ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281; *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

da— de la vida de Martí.³⁹ Nuestro joven no sólo jugaba con el amor en sus comedias y finalmente acabó enredado en sus entresijos. Requerido por una *conocida dama ¿casada?, se puso a salvo en la [Universidad] de Huesca [...] hasta que, apagado el ardor de la mujer arrebatada por la insana pasión, pudo regresar con seguridad a Valencia.*⁴⁰ No parece improbable que durante aquella breve estancia en Huesca (¿1682-1683?), Manuel Martí adquiriese plena conciencia de la importancia del griego para el progreso de sus estudios.⁴¹ De este modo, instalado de nuevo en Valencia y habiendo llegado a sus manos un Hesíodo greco-latino procedente de la biblioteca de un tío suyo recientemente fallecido —¿el hermano de su madre?—, *aprendió a leer en griego, sin hacer caso de la pronunciación correcta.*⁴²

A estas noticias se reduce nuestro conocimiento de la infancia y juventud de Manuel Martí, hijo de una acaudalada familia de Oropesa, con raíces asimismo en Torreblanca, estudiante de Latín en Castellón de la Plana y de Filosofía y Teología en Valencia. De vocación literaria temprana, la aridez del currículo teológico le empujó hacia los cenáculos y las academias finiseculares. Allí pudo dar rienda suelta a sus inquietudes poéticas y a su gusto por el teatro y la música. Disfrutó de los placeres de una vida mundana —es posible que demasiado, incluso—, fue aplaudido por su inspirado ingenio y pudo relacionarse con la buena sociedad valenciana.⁴³ Las *Academias del Parnaso* y del *Arcángel* no sólo le encandilaron por el fasto de sus representaciones barrocas; también sembraron en su espíritu ansia de novedades e inquietud por las “artes provechosas”, como la política y la historia.⁴⁴ En sus sesiones pudo Martí impregnarse del aperturismo y del europeísmo que en aquellos momentos comenzaba a cundir en España como resultado, tanto de la emergente bonanza económica, cuanto de la crisis colectiva provocada por el enfrentamiento traumático con la Francia de Luis XIV y la conciencia inequívoca del atraso científico, social y económico del país.⁴⁵ El

³⁹ Estas *Décimas*, aunque editadas, lo fueron sin indicación de lugar y fecha. Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid, tomo V (L-M), 1989, pág. 444, nº 3.067.

⁴⁰ *Martini Vita*, pág. 63.

⁴¹ Luis Gil ha observado que, en sus notas autobiográficas, el Deán no alude en ningún momento al magisterio de los helenistas Gaudencio Xenach y Matías Domingo, catedráticos de la Universidad de Valencia durante la última etapa de los estudios teológicos de Martí. L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281 [nota 13].

⁴² *Martini Vita*, pág. 65.

⁴³ No deja de ser curioso que Mayans, narrando los pormenores de una velada literaria en la que el joven Martí improvisó unos versos, no aludiese a la figura del anfitrión de la misma, D. Jaime Borrás —gobernador de Castellón y tal vez amigo de la familia Martí—, cuya identidad había precisado perfectamente el Deán en sus apuntes autobiográficos. L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281; *Martini Vita*, pág. 63.

⁴⁴ P. Mas, “Academias [...]”, pág. 206.

⁴⁵ Sobre el particular, véase François López, “Los *novatores* en la Europa de los Sabios”, en *Studia Historica-Historia Moderna*, 14 (Salamanca, 1996), págs. 95-111.

futuro Deán debió estudiar con ahínco durante el decenio 1676-1686. Pero, sin duda, lo hizo más fuera que dentro de la Universidad. Debió leer a los poetas latinos —¿Lucano?— y a los españoles de su siglo. Comenzó también a interesarse por la lengua griega y, al parecer, no tuvo otra guía que una edición bilingüe de Hesíodo. Y [...] *así, como no tuviese Martí en Valencia preceptor o consejero idóneo alguno que le guiase como de la mano por el camino más seguro de la verdadera gloria, decidió marcharse a Roma, en la esperanza de que en la ciudad principal del mundo habría de encontrar maestros adecuados para cualquier arte o ciencia.*⁴⁶

MARTÍ Y ROMA O LA HIPERBÓLICA METAMORFOSIS INTELECTUAL DE UN POETA

De nuevo, es forzoso confesar que la partida de Manuel Martí a Roma constituye un episodio mal conocido de la biografía del Deán. Ni siquiera sabemos con exactitud si Martí había cumplido o no veintitrés años cuando franqueó por vez primera las puertas de la Ciudad Eterna en 1686. Probablemente tenga razón Luis Gil al afirmar que *llegaba Martí a Roma con ganas de abrirse camino en la carrera eclesiástica y de hacerse un nombre en la República Literaria como poeta y erudito.*⁴⁷ Ciertamente, Roma era un magnífico lugar para medrar y nuestro joven literato estaba dispuesto a aprovechar cualquier ocasión que se le pudiera brindar. Martí continuaba dependiendo económicamente de su familia y, al parecer, debió seguir haciéndolo —siquiera parcialmente— hasta 1691.⁴⁸ No parece que el valenciano inscribiera de momento su nombre en los libros de matrícula de la *Sapienza*, universidad donde se doctoró antes de abandonar Roma en 1696.⁴⁹ Antes bien, su estrategia durante sus primeros meses romanos —si es que de estrategia puede hablarse— semeja un calco de su trayectoria valenciana entre 1680 y 1686. Martí, en efecto, parece haber conducido al unísono sus estudios extra-universitarios de literatura clásica —que amplió al cultivo de lenguas modernas, como el italiano y el francés—,⁵⁰ la frecuentación de librerías y cenáculos literarios romanos, y la edición de sus composiciones poéticas. Con su estilo ditirámico característico, Mayans nos hace seguir el hilo de los geniales progresos del futuro deán en el dominio de las len-

⁴⁶ *Martini Vita*, pág. 65.

⁴⁷ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 155.

⁴⁸ Al parecer, el procedimiento utilizado por D. José Martí para hacer llegar el dinero a su hijo consistía en remitirle letras de cambio contra determinados mercaderes romanos. Así se desprende de uno de los párrafos de la carta remitida por el joven Manuel a su padre el 22-VII-1691. *Epistolario III*, pág. 419.

⁴⁹ *Martini Vita*, pág. 97.

⁵⁰ *Ibidem*. págs. 67-69.

guas griega y hebrea,⁵¹ alude a la tempranísima edición romana de *Amalthea Geographica* (1686) y nos informa de su ingreso en la llamada *Academia de los Infecundos*,⁵² círculo poético de marcado carácter eclesiástico al que pertenecieron algunos prelados y príncipes de la Iglesia, y donde Martí sobresalió con sus composiciones italianas, probablemente dedicadas a la Virgen.⁵³ Con todo, aquel joven prometedor todavía iba a tardar algo más de un año en hacer valer su ingenio y en hallar el apoyo que necesitaba para el progreso de su carrera.

No deja de resultar sorprendente, en este orden de cosas, que ninguno de los estudiosos de la biografía martiniana haya aludido jamás a un acontecimiento que tenía conmovida a Roma —no menos que a Valencia— precisamente cuando el joven Martí comenzaba su lucha por hacerse un hueco entre la intelectualidad romana. Nos referimos a la condena inquisitorial de Miguel de Molinos, clérigo nacido en Muniesa (Teruel), aunque universalmente considerado como valenciano debido a su formación y largos años de residencia en la ciudad del Turia, al beneficio de que disfrutaba sobre la parroquia valenciana de San Andrés y a su designación por los estamentos valencianos como agente de la causa de beatificación del venerable Francisco Jerónimo Simó.⁵⁴ Aunque ignoramos qué impacto pudo tener el *affaire* Molinos sobre Martí, el procesamiento del célebre místico —denunciado ante el Santo Oficio romano por el cardenal César d'Estrées en 1685—, su condena, abjuración y prisión perpetua en septiembre de 1687, y la censura lanzada por Inocencio XI contra el quietismo molinosista en su bula *Coelestis Pastor* (XI-1687), no parece que fueran —en principio— circunstancias muy favorables para las expectativas inmediatas del joven compatriota del herético maestro espiritual.⁵⁵ Nada hay —ni en los *apuntes autobiográficos*, ni en la *Martini Vita*— que permita valorar qué peso pudo tener la condena de Molinos en la presentación de Martí ante la sociedad romana. Sin em-

⁵¹ *Ibidem*, pág. 67.

⁵² Con anterioridad a su ingreso en los *Infecundos* —hecho que debió producirse hacia 1687— Martí compuso unos *Fasti Romani veteres* en versos elegíacos a imitación de Ovidio. Tras su adscripción a la academia, compuso unas *Elegiarum Decas ad Camillam*. Estas decenas de elegías agradaron sobremanera al francés —y tal vez académico— Gabriel Juan Reginerio, autor de ciertas *Epístolas amatorias a Licoris*. Reginerio compuso una extensa epístola laudatoria sobre el genio poético de Martí, que probablemente constituyó el primer gran triunfo literario del joven valenciano en Roma. *Ibidem*, págs. 69, 297 y 299.

⁵³ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 156.

⁵⁴ Emilio Callado Estela, *Devoción popular y convulsión social en la Valencia del Seiscientos. El intento de beatificación de Francisco Jerónimo Simó*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2000, especialmente, págs. 245-262.

⁵⁵ Sobre Molinos y el molinosismo, véase Paul Dubon, *Le quietiste espagnol Michel Molinos (1628-1696)*. París, 1921 y Ignacio Tellechea Idigoras, “Molinos y el quietismo español”, en VV.AA., *Historia de la Iglesia en España*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, vol. 4, 1979, págs. 484 y ss.

bargo, su origen valenciano y los dicerios contra el molinosismo lanzados por su gran amigo Gian Vincenzo Gravina desde las páginas de su *Hydra mistica*, permiten sospechar que nuestro joven humanista, de una manera u otra, no debió quedar al margen del escándalo.⁵⁶

Sea como fuere, la oportunidad que había estado buscando no tardó demasiado en presentarse. En el otoño de 1687 una avenida del río Tíber asoló parcialmente la ciudad de Roma. Preso de encendida inspiración, Martí compuso un extenso poema latino a imitación de Estacio Papinio, y lo tituló *De Tyberis Alluvione Sylva*.⁵⁷ Concluida la pieza, se apresuró a publicarla, anteponiéndole una elogiosa dedicatoria al cardenal José Sáenz de Aguirre (1630-1699).⁵⁸ Luis Gil ha relacionado al prelado logroñés con la *Academia de los Infecundos*.⁵⁹ No es improbable, pues, que Martí hubiese sido presentado al cardenal antes de decidirse a solicitar su protección por medio de esta socorrida postulación entre los hombres de letras. Y a porfía que lo consiguió. *Admirado este prudentísimo cardenal del talento y de la erudición superior a su edad del joven, le rogó que aceptara vivir en su casa para encargarse de su biblioteca con el título honorífico de comensal: título éste que es el más alto en Roma en las casas de los cardenales y los príncipes*.⁶⁰ La amistad y patronazgo de Aguirre resultaron —nadie lo ignora— cruciales para el futuro social e intelectual de Martí en Roma. Convertido en bibliotecario del cardenal y relator del Santo Oficio romano, nuestro joven comenzó a disfrutar de la protección y acomodo que había estado buscando, y pudo ocuparse de su formación e inquietudes con cierto sosiego.⁶¹ José Sáenz de Aguirre, logroñés de nacimiento, benedictino y censor de su orden, prefecto de estudios del monasterio de San Vicente y catedrático de teología escolástica del Colegio de Santo Tomás de Salamanca, pertenecía —al igual que los PP. Martín Sarmiento y Benito Jerónimo Feijoo— a la Congregación de Valladolid que tan estrechos contactos mantenía con los monjes maurinos de Saint-Germain-des-Près.⁶² Aguirre había estudiado

⁵⁶ Sobre el contenido y finalidad de la *Hydra mistica* de Gravina, véase Françoise Waquet, *Le modèle français et l'Italie savante. Conscience de soi et perception de l'autre dans la République des Lettres (1660-1750)*. Roma, École Française de Rome, 1989, pág. 190.

⁵⁷ Sobre los valores literarios de la poesía latina del Deán, véase Jordi Pérez Durà, “Tres aspectos de la poesía latina de Manuel Martí”, en *Primer Congrès d'Història del País Valencià*. Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, tomo III, 1976, págs. 579-588.

⁵⁸ Editada en Roma por Juan Jacobo Komarech en tamaño 4º, año 1688.

⁵⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 156.

⁶⁰ *Martini Vita*, pág. 71.

⁶¹ Luis Gil ha señalado que el nombramiento de Martí como relator inquisitorial por parte del cardenal Girolamo Casanate (1620-1700), presidente de aquella congregación, se debió a los buenos oficios de Aguirre. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁶² Sobre el particular y, en especial, sobre Aguirre, véase Michel Dubuis, *L'Espagne de Saint-Maur. La Congrégation de Valladolid dans le mouvement érudit entre 1670 et 1790*. París, Tesis Doctoral, Université de Paris IV, 1982.

con verdadera pasión el *Specilegium* de dom Luc d'Achéry y *De re diplomatica libri sex* de dom Jean Mabillon. Contagiado por aquellas lecturas, el antiguo teólogo y comentarista de la *Ética* de Aristóteles –como tantos otros intelectuales del XVII– acabó transformándose en historiador. Entre 1679 y 1681 editó las obras de San Anselmo y, en 1686, poco después de su promoción al cardenalato como recompensa por su *Defensa de la Santa Sede contra las declaraciones del clero galicano* (1683), hizo público su proyecto de editar las actas de los concilios españoles e indios en su breve *Notitia Conciliorum*, una empresa que enlazaba con la historiografía conciliar española del siglo XVI, representada por el cardenal Gaspar de Quiroga y el obispo Juan Bautista Pérez.⁶³

Aguirre buscaba en Martí al colaborador abnegado y meticuloso que aquel proyecto descomunal precisaba, pero nuestro joven helenista halló en el cardenal el estímulo necesario para una extraordinaria metamorfosis intelectual: su evolución desde el terreno de la literatura y las humanidades al campo de la erudición histórica y literaria. El prelado y su bibliotecario, por supuesto, no siempre estuvieron de acuerdo.⁶⁴ Aun así, la colaboración entre ambos resultó ser extremadamente fructífera, pues no en vano engendró dos ediciones tan cruciales para la cultura española del siglo XVIII como la *Collectio maxima Conciliorum omnium Hispaniae et Novi Orbis* (Roma, 1693-1695)⁶⁵ y la *Bibliotheca hispana vetus* (Roma, 1696) de Nicolás Antonio, celeberrimo polígrafo sevillano fallecido en 1684 e íntimo amigo del cardenal Aguirre. Pero la biblioteca romana del prelado benedictino no sólo fue un lugar de trabajo. También fue virtual centro de operaciones de nuestro joven erudito y lugar de encuentro de intelectuales y religiosos –muchos de ellos antijesuitas confesos– que simpatizaban con el cardenal. El futuro deán de Alicante demostró poseer en aquella época una energía inusitada. Al mismo tiempo que ordenaba las fichas de Aguirre, acopiaba materiales nuevos y revisaba pruebas de imprenta, Martí tuvo la oportunidad de estudiar a los grandes de la filosofía moderna –Bacon y Gassendi, especialmente–, de beber en las fuentes del escepticismo a través de Sexto el Empírico, de profundizar en el conocimiento de los maestros de la crítica histórica y literaria –desde Escalígero hasta Mabillon– y de con-

⁶³ Antonio Mestre Sanchis, “Reflexiones sobre el marco político y cultural de la obra del P. Feijoo”, en *Bulletin Hispanique*, nº 91 (Bordeaux, 1989), págs. 297-298.

⁶⁴ Particularmente en lo tocante a las tradiciones jacobeanas, que el benedictino admitía sin pestañear, mientras Martí desdénaba como apócrifas. Antonio Mestre Sanchis, “Conciencia histórica e historiográfica”, en José M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXXI-I. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808). Parte Tercera. Ilustración, ciencia y religión. I.* Madrid, Espasa-Calpe, 1987. especialmente págs. 311-315.

⁶⁵ Editada originalmente en cuatro volúmenes, reeditada en Roma en 1753, y, posteriormente, en Madrid en 1781 y, de nuevo, en 1785.

tagiarse del agustinismo y del “filojansenismo” que unía a los amigos del cardenal.⁶⁶

El veterano cardenal Girolamo Casanate (1620-1700) pudo ser uno de los contertulios de Sáenz de Aguirre que mayor trato de favor dispensó al joven Martí. A él debió el de Oropesa su nombramiento como relator del Santo Oficio romano y el acceso a la Biblioteca Vaticana de la *Santa Romana Chiesa*, de la que Casanate había sido nombrado prefecto –o director– en el año 1693.⁶⁷ Aunque el anciano cardenal nunca escribió nada digno de ser reseñado, su prestigio intelectual fue extraordinario, no sólo en Italia, sino también en Francia. Durante más de veinte años (1678-1698) mantuvo correspondencia regular con el historiador francés Étienne Baluze. El autor de *Regnum Francorum Capitularia* (1677) y *Nova Collectio Conciliorum* (1683) mantenía informado al cardenal sobre las novedades editoriales francesas, le enviaba catálogos de libros comentados de su puño y letra, y le suministraba sistemáticamente publicaciones sobre historia de Francia y libros de controversia acerca del debatido problema de la Gracia.⁶⁸ Gran admirador del saber ultramontano y de la nueva ciencia crítica, Casanate se sirvió de la intermediación de Baluze para invitar a Italia a los maurinos Jean Mabillon y Michel Germain.⁶⁹ En 1697 acompañó al bolandista Conrad Jannink durante su visita a Roma y le comunicó su apoyo a la congregación de Amberes frente a la persecución de la Inquisición española.⁷⁰ La magnífica biblioteca reunida por el cardenal, tras su fallecimiento, quedó a cargo de los dominicos de *Santa Maria sopra Minerva*.⁷¹ Casanate, ciertamente, fue famoso por su bibliofilia; pero también lo fue por su antimolinismo, una posición que compartió con notables miembros de la Curia, como los cardenales Bottari, Fontanini, Noris o Passionei.⁷² Nada improbable resulta, pues, que nuestro Martí escuchase mordaces comentarios antijesuitas de labios de aquel prelado admirador de la ciencia moderna, del buen gusto y de la moral agustiniana, en un momento –el de la controversia jansenista– y en un ambiente –el círculo del cardenal Aguirre– decididamente contrario al aristotelismo, al casuismo, al laxismo y a la estética barroca, atributos –todos ellos– de la intelectualidad ignaciana.

No es fácil discernir qué tipo de relaciones mantuvo el joven Manuel Martí con el agustino Arrigo Noris (1631-1704), subordinado del cardenal Girolamo Casanate en su calidad de primer custodio de la Biblioteca Vati-

⁶⁶ Todos estos extremos, bien que cronológicamente desordenados, pueden seguirse a través del epistolario Martí-Mayans y de las páginas de la *Martini Vita*.

⁶⁷ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁶⁸ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 74.

⁶⁹ *Ibidem*, págs. 120 y 164.

⁷⁰ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁷¹ *Ibidem*.

⁷² F. Waquet, *op. cit.*, pág. 186.

cana.⁷³ Según Gil, éstas, *con toda seguridad, no rebasaron el nivel de lo protocolario*.⁷⁴ Probablemente fuera así. Pero los elogios hacia Noris son tantos,⁷⁵ y las afinidades intelectuales e ideológicas tan grandes, que en principio no parece improbable que entre ambos existiese cierta simpatía, pese a los treinta años de edad que les separaban. Todo cuanto Martí admiraba, Noris lo personificaba: el dominio de la ciencia biblioteconómica, la erudición helénica, el saber histórico, el agustinismo moral e intelectual, y la gloria literaria dentro de la República de las Letras. En efecto, este antiguo catedrático de la Universidad de Pisa reciclado en historiador y bibliotecario, fue considerado como una de las figuras cumbre de la erudición italiana de su tiempo.⁷⁶ Los intelectuales franceses sentían un profundo respeto por la defensa sólida y brillante que Noris había hecho del pensamiento agustiniano en su famosa *Historia Pelagiana* (Padua, 1673), obra prohibida años después (1747) por la Inquisición española, y huésped de su índice expurgatorio hasta 1758.⁷⁷ Valérien de Bellefort, Pasquier Quesnel y Émery Bigot manifestaron en privado su admiración por Noris, y, poco antes de su fallecimiento, el *Journal des Sçavants* (1703) hizo un encendido elogio público de la exactitud histórica y elegancia literaria de sus trabajos.⁷⁸ El agustino –como se sabe– fue censurado por los jesuitas que le acusaban de propagar las doctrinas de Baius y Jansenio.⁷⁹ Desde su puesto de asesor del Santo Oficio, Casanate, sin embargo, no sólo consiguió frenar los ataques, sino que veló para que Noris dejara de ser inquietado, promoviendo al cardenalato (1695). Así pues, el flamante cardenal Noris abandonó la Biblioteca Vaticana en 1695, dejando libre el cargo de primer custodio, un puesto que de momento quedó vacante, pero por el que pronto acabarían compitiendo dos conocidos del joven Martí: Lorenzo Alessandro Zaccagni y Francesco Bianchini.⁸⁰ Pese a los escasos tres años de relación

⁷³ Noris había ingresado en la Biblioteca Vaticana en 1676 de la mano del papa Inocencio XI. Entre 1676 y 1691 fue custodio de la misma y, en 1692, fue designado primer custodio. El agustino llevaba, pues, un año al frente de su nueva responsabilidad cuando Casanate fue nombrado director de la Vaticana. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 168.

⁷⁵ L. Gil, “Los apuntes [...]”, págs. 306-307.

⁷⁶ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 41.

⁷⁷ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 167.

⁷⁸ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 44 y 54-55.

⁷⁹ La controversia jansenista todavía era incipiente en Italia y no llegaría a su cénit hasta los años centrales del XVIII. La corriente agustiniana tuvo entonces a sus más activos representantes en las figuras de los PP. Noris, Bellelli y Ballerini. *Ibidem*, pág. 188.

⁸⁰ Zaccagni, también protegido de Casanate, fue el vencedor, siendo designado el 25-I-1698. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 168. Tras el fallecimiento del cardenal, Lorenzo Alessandro Zaccagni fue promovido al puesto de prefecto de la Biblioteca Vaticana, mientras su cargo de primer custodio pasó a manos del benedictino Giovanbattista de Miro, amigo personal de Fabretti, Buonarroti, Bianchini, Gravina y Martí. Todos estos aspectos son constatables en

personal, el Deán siempre se manifestó orgulloso de haber conocido a uno de los historiadores más apreciados y prestigiosos de toda Europa, autor de algunos grandes monumentos de la erudición eclesiástica como *Cenotaphia Pisana Caii et Lucii Caesarum* (Venecia, 1681), *Annus et Epochae Syro-Macedonum, in vetustis Urbium Syricae Nummis praesertim Mediceis Expositae* (Florencia, 1689) o *Istorie delle Investiture delle Dignità Ecclesiastiche [...]*, editada póstumamente en Mantua en 1741.

El círculo romano del cardenal Aguirre nos conduce indefectiblemente hacia el universo rico y multiforme de los cenáculos literarios y eruditos de la Ciudad Eterna. Como sabemos, Martí había inscrito su nombre en la *Accademia de los Infecundos* a poco de llegar a Roma. Más adelante haría lo propio en la *Accademia de los Dogmas*, fundada en 1694, dedicada al estudio de la teología en su vertiente dogmática, moral y bíblica, y a la que también perteneció el cardenal Aguirre.⁸¹ Entre ambas experiencias, el joven valenciano tuvo la tremenda fortuna de participar en la fundación de la singularísima *Accademia de la Arcadia*.⁸² La *Arcadia* fue constituida en el Convento de los padres Reformadores de *San Pietro in Montorio* el 5 de octubre de 1690.⁸³ Aunque se la considera heredera de la *Accademia Real* de la ex-reina Cristina de Suecia,⁸⁴ la nueva institución tuvo desde sus orígenes una orientación nítidamente literaria que la distingue con claridad de su precursora. Bernardo Trevisano (1653-1730) afirmaba que la *Arcadia* era, sobre todas las cosas, una asociación de poetas contrarios al barroquismo imperante en aquellos momentos en Italia; de ahí que sus académicos gustasen adoptar nombres supuestos de pastores como símbolo de su culto a la sencillez.⁸⁵ Martí, por supuesto, también eligió el suyo –*Eumelo Olenio*– y llevó a cabo una intensa actividad creativa durante los seis últimos años de su residencia en Roma.⁸⁶ Pero la *Arcadia* fue mucho más que un

las cartas remitidas por Martí a de Miro (30-IX-1702) y a Zaccagni (3-X-1702), en *Epistolarum libri XII* (IV.II-III.354-359). Sobre Giovanbattista de Miro puede consultarse la obra de Gaetano Gasperoni, *Scipione Maffei e la Verona settecentesca. Contributto alla storia della cultura italiana*. Verona, Edizioni Valdonega, 1955, pág. 84.

⁸¹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁸² L. Gil, “Los apuntes [...]”, págs. 186-187; *Martini Vita*, págs. 75 y 77.

⁸³ Gaetano Compagnino - Giuseppe Savoca, “L'Accademia d'Arcadia e i suoi esordi”, en *Dalla vecchia Italia alla cultura europea del Settecento*. Roma-Bari, Editori Laterza, 1979, págs. 43-76.

⁸⁴ La *Accademia Real* había sido creada en 1674 y quedó disuelta en 1689 tras el fallecimiento de su mentora. *Ibidem*, págs. 45-47.

⁸⁵ G. Gasperoni, *op. cit.*, pág. 89.

⁸⁶ José Luis Gotor, “Un Horacio español en la Arcadia romana”, en *Atti del Convegno di Licenza (19-23. aprile, 1993)*. Roma, Edizioni Osanna Venosa, 1995, págs. 207-216. No debemos olvidar que una de las piezas poético-satíricas más divulgadas y traducidas del Deán, la *Oratio pro crepitu ventris* [Madrid, por Juan de Zúñiga, 1737], fue compuesta durante la primera estancia en Roma de Martí. *Martini Vita*, págs. 80-81.

taller de experimentación de la incipiente estética neo-clásica. Todos sus estudiosos han coincidido en destacar su aspiración unificadora, centralizadora y hegemónica de la cultura italiana durante la última década del XVII y primer tercio del XVIII.⁸⁷ Bajo el mandato de su primer presidente o custodio, Giovanni Mario Crescimbeni (1663-1728) –historiador, archivero del Apostólico de *Sant'Angelo* y autor, asimismo, de unas fundamentales *Notizie Istoriche degli Arcadi morti [...]* (Roma, 1720-1721)–,⁸⁸ la Arcadia estableció unas 40 “colonias” suyas en gran parte de Italia y alcanzó la portentosa cifra de 2.619 miembros.⁸⁹

Crescimbeni consiguió imponer sus criterios dentro de la docta institución, no sólo en el terreno de la estética, sino también en el de la proyección cultural e ideológica de la misma. Bajo su férula, la *Arcadia* acabó convirtiéndose en un verdadero faro cultural de los estados pontificios, en una academia articulada de manera jerárquica y vertical en la que el peso de la clerecía fue *in crescendo*, y en un movimiento cultural moderado e interclasista progresivamente alejado de las preocupaciones políticas y religiosas del momento.⁹⁰ Nada tiene de extraño, pues, que en su seno se produjesen dos tempranas crisis de las que en vano hallaremos huellas en la correspondencia del ausente Martí con sus amigos italianos. La primera se produjo entre 1703 y 1704, cuando Ludovico Antonio Muratori (1672-1750) –el pastor *Lamindo Pritanio*– hizo público su *Primi disegni della Repubblica letteraria d'Italia*. El célebre bibliotecario de Módena aspiraba a crear una verdadera academia nacional italiana –o *Repubblica letteraria de Italia*– mucho más participativa, igualitaria y sensible a la diversidad cultural de la Península que el “aparato de estado arcádico” de monseñor Crescimbeni. Muratori buscó el apoyo de intelectuales moderados como Fontanini, Lancisi o Passionei.⁹¹ Pensó, incluso, en que el prestigioso arcade Francesco Bianchini fuese el primer secretario-depositario de la nueva entidad. Sin embargo, tanto Crescimbeni como Bianchini se opusieron con todas sus fuerzas a la idea, desplegando una eficaz campaña disuasoria por toda Italia, para la que contaron, asimismo, con el apoyo de gran parte de las “colonias arcádicas”.⁹² La segunda se produjo en 1711 y, aunque provocada por el “despotismo crescimbéniano”, adoptó la forma de enfrentamiento estético y estilístico entre el *primo custode* romano y el acadé-

⁸⁷ Amadeo Quondam, “L'Istituzione Arcadia. Sociologia ed ideologia di un'accademia”, en *Quaderni Storici* (Urbino, 1973), págs. 389-438.

⁸⁸ Puede consultarse la biografía de Crescimbeni –arcádico pastor *Alfesibeo Cario*– en el *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana fondata da Giovanni Treccani, tomo XXX, 1984, págs. 675-678.

⁸⁹ A. Quondam, art. cit., pág. 392.

⁹⁰ *Ibidem*, págs. 419-424.

⁹¹ G. Compagnino - G. Savoca, “L'Accademia d'Arcadia [...]”, pág. 49.

⁹² F. Waquet, *op. cit.*, pág. 386.

mico napolitano Gian Vincenzo Gravina y sus seguidores –los poetas Rolli y Metastasio–, que abandonaron la Arcadia y decidieron fundar en 1714 la *Accademia dei Quirini*.⁹³ Manuel Martí, arcade fundador y –según sus propias palabras– co-autor del primer reglamento de la entidad,⁹⁴ quedó completamente al margen de aquellos acontecimientos,⁹⁵ una circunstancia que más pronto invita a contemplar al de Oropesa como un miembro “dócil” y de muy segundo orden dentro de la institución, máxime si consideramos su ingenuo y alborozado reencuentro con la academia en el año 1717.⁹⁶

Fuera cual fuese el verdadero estatus de Martí en el seno de la *Arcadia*, lo cierto es que los contactos y amistades que hizo entre sus académicos parecen haber sido cruciales para la nueva orientación de su carrera, y debieron acentuar la metamorfosis erudita que ya había comenzado a manifestarse en la misma. El valenciano, por supuesto, debió tener entonces la oportunidad de conocer a destacadas personalidades de la sociedad romana –príncipes de la Iglesia, aristócratas, canónigos, abades, profesores universitarios, doctores, abogados, burócratas, etc.–; pero aún está por demostrar si, más allá de lo protocolario y formal, Manuel Martí tuvo el eco y gozó del aprecio y del respeto que con tanto énfasis recoge la biografía mayanésiana. Porque, como iremos viendo a continuación, hay demasiados detalles que apuntan en un sentido contrario, y, más bien, parecen indicar que el Deán ofreció una versión exagerada de su peripecia mundana e intelectual en Roma. Muchos de sus supuestos amigos ocupaban cargos de responsabilidad política o académica en la ciudad, la Universidad de la *Sapienza* y la Curia. Consecuentemente, su interés por las cuestiones públicas y por la situación política nacional e internacional debió ser elevado. Aunque la *Arcadia* de finales del siglo XVII todavía puede ser considerada caja de resonancia y hasta mentidero político, los *apuntes autobiográficos* y el texto de la *Martini Vita* apenas dejan entrever esta dimensión de la vida romana de Martí. Antes al contrario, el Deán siempre quiso que su biografía enalteciese el rango intelectual de sus amistades italianas y, aunque no ocultaba sus contactos con personajes tan inquietantes como Gennaro Capellari, nunca tuvo deseos de airear episodios que, como su amistad con el ex-jesuita napolitano, podrían haberlo comprometido en España. Así pues, al reconstruir su paso por la *Arcadia*, Martí procuró resaltar, ante todo, la vertiente científica, literaria y anticuaria de su experiencia académica. En este segmento de su perfil biográfico, surgen personalidades tan destacadas de la vida roma-

⁹³ G. Compagnino - G. Savoca, “L'Accademia d'Arcadia [...]”, pág. 50.

⁹⁴ *Martini Vita*, pág. 75.

⁹⁵ De hecho, en su carta a Gravina de 31 de marzo de 1716, el Deán alaba las *Notizie* de Crescimbeni sin añadir comentario alguno sobre la célebre escisión acontecida en la Arcadia cinco años atrás. *Epistolarum libri XII* (I.VII.23).

⁹⁶ *Martini Vita*, pág. 209.

na del momento como el cardenal Gaspare Carpegna (1625-1714), bibliófilo y numismático, responsable de los cementerios y catacumbas romanas desde 1672, y miembro tardío de la *Arcadia*.⁹⁷ Entre los triunfos del prelado en el campo de la arqueología sacra se contaba el hallazgo del cuerpo de San Hilario en el cementerio de Callisto, cuyas reliquias serían depositadas en la iglesia de *Santa Maria in Cosmedin* en el año 1675.⁹⁸

Más directa y estrecha pudo ser, en principio, la relación que Martí sostuvo con Raffaello Fabretti (1620-1700), arcade como el valenciano, y custodio de las reliquias y de los cementerios romanos bajo las órdenes del cardenal Carpegna.⁹⁹ Pese a la gran diferencia de edad entre ambos, el anciano udinés y el joven valenciano tenían mucho en común. De hecho, cuando Martí vino al mundo en Oropesa, Fabretti se hallaba en España formando parte de la legación del cardenal Lorenzo Imperiale.¹⁰⁰ Su dilatada estancia en España (1655-1664) culminó con un importante viaje a París —donde tuvo oportunidad de conocer a Mabillon— y con su regreso a Roma, donde desempeñó sendos cargos como juez capitolino de apelaciones y auditor de la legación pontificia en Urbino, hasta que, finalmente, fue llamado al servicio del cardenal Carpegna en 1673.¹⁰¹ No parece que el udinés se ocupase de la gestión arqueológica y museística de los cementerios y reliquias paleocristianas de Roma más allá del año 1683.¹⁰² De ser cierto, pues, que Martí visitara “con frecuencia” las catacumbas romanas en compañía de Fabretti y de monseñor Ciampini, estas expediciones debieron realizarse cuando el célebre anticuario y epigrafista había abandonado ya sus ocupaciones como custodio de los cementerios.¹⁰³ Durante el largo decenio que ostentó esta responsabilidad, Fabretti se convirtió en uno de los arqueólogos, anticuarios y epigrafistas más reputados de toda Europa. El fruto de sus dilatados años de estudio fue su gran *chef d'oeuvre*: *Inscriptionum antiquarum quae in Aedibus Paternis asservantur: explicatio et additamentum* (Roma, 1699; reeditada en 1702), una soberbia ampliación de la obra de Grutter —con más de 4.600 nuevas inscripciones— que el Deán admiró profundamente. Lástima que el célebre epigrafista no llegara a conocer la opinión de su joven amigo, pues —de no existir un error en la datación de la carta— la única epístola conocida del Deán a Fabretti fue escrita casi dos años después de la muerte del erudito udinés.¹⁰⁴ En definitiva, no es impro-

bable que Martí exagerase su relación con Fabretti, puesto que, desde 1691, el epigrafista desempeñaba el delicadísimo cargo de Prefecto del Archivo Apostólico del *Castel Sant'Angelo*, donde además tuvo como coadjutor a Giovanni Mario Crescimbeni, circunstancias ambas que alguien tan celoso de su propia gloria como el Deán no hubiera dejado de airear de haber tenido información suficiente sobre las mismas.¹⁰⁵

Algo más intensas y estrechas pudieron ser las relaciones de Martí con el secretario particular y conservador de la biblioteca-museo del cardenal Carpegna, el florentino Filippo Buonarroti (1661-1733).¹⁰⁶ A juzgar por el texto de la carta que Martí le remitió desde Madrid el 26 de mayo de 1709, su viejo amigo bien pudo haberle enviado un ejemplar dedicado de sus *Osservazioni istoriche sopra alcuni medaglioni antichi* (Roma, 1698)¹⁰⁷ por mediación de Carlo Rinuccini.¹⁰⁸ Buonarroti había sido uno de los primeros miembros de la *Arcadia*: su sobrenombre, *Lico Mantineo*, ya aparece inscrito en 1690.¹⁰⁹ De su vasta erudición anticuaría y arqueológica constituyen buena prueba sus manuscritos *Corpus inscriptionum latinarum* (publicado en 1888) y *Corpus inscriptionum etruscarum* (editado en 1912), así como sus trabajos *Osservazioni sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro ornati di figure trovati nei cimiteri di Roma* (Florenia, 1716) y su suplemento a *De Etruria regali* del historiador inglés Thomas Dempster: *Ad monumenta etrusca operi dempsteriano addita, explicationes et coniecturae* (Florenia, 1723-1726). La rigurosa obra histórica del etruscólogo florentino recibió el espaldarazo de la ciencia francesa.¹¹⁰ Tres años después de que Martí abandonase Roma, Buonarroti se reincorporó a su ciudad natal, donde ocupó la Secretaría de Asuntos Religiosos de Toscana —la *Riformazioni*— por orden del gran duque Cosme III. No obstante, continuó adelante con sus estudios arqueológicos, y, en 1727, auspició la fundación de la *Accademia Etrusca de Cortona*, de la que fue su primer director.¹¹¹

La figura de Francesco Bianchini (1662-1729) es ciertamente inconmensurable.¹¹² El célebre canónigo veronés era prefecto de la Biblioteca Ottonobiana cuando él y Martí se conocieron en Roma a comienzos de la

¹⁰⁵ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXVIII, 1993, pág. 740.

¹⁰⁶ *Ibidem*, tomo XV, 1972, págs. 145-147.

¹⁰⁷ Curiosamente, el editor de este estudio sobre las piezas más selectas del monetario del cardenal Carpegna, fue el mismo de quien Martí se sirvió para publicar su *Amalthea Geographica*, es decir, Domenico Antonio Ercole.

¹⁰⁸ *Epistolarum libri XII* (VII.1.1-6).

¹⁰⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 165.

¹¹⁰ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 41.

¹¹¹ De los progresos personales e intelectuales de Buonarroti durante el primer tercio del XVIII no hay mención alguna ni en los escritos de Martí ni en su correspondencia con Mayans.

¹¹² Como puede comprobarse en la extensa biografía que figura en el *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo X, 1968, págs. 187-194.

⁹⁷ Su ingreso se produjo en 1695, tras haber adoptado el sobrenombre de pastor *Ermene Aliano*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 160.

⁹⁸ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XX, 1977, pág. 590.

⁹⁹ Como arcade, Fabretti ostentó el sobrenombre de pastor *Isitheus*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 165.

¹⁰⁰ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXVIII, 1993, pág. 739.

¹⁰¹ G. Gasperoni, *Scipione Maffei [...]*, pág. 80.

¹⁰² *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXVIII, 1993, pág. 739.

¹⁰³ *Martini Vita*, págs. 91 y 93.

¹⁰⁴ Martí a Fabretti (19-IX-1702), en *Epistolarum libri XII* (IV.1.351-353).

década de los noventa.¹¹³ Bianchini fue un personaje tan notable y Martí un degustador de libros tan ávido, que casi podría afirmarse que su encuentro era inevitable. Sin embargo, el origen de su corta amistad debe remontarse aproximadamente al momento de ingreso de monseñor Bianchini en la *Arcadia*.¹¹⁴ Ambos pudieron llegar a congeniar pronto. De hecho, el bibliotecario personal del cardenal Pietro Ottoboni y el bibliotecario del cardenal Aguirre tenían más o menos la misma edad. Por esta razón, y por la enorme proyección italiana y europea del erudito veronés, cuesta entender por qué la relación entre ambos fue tan efímera, y por qué su nombre no aparece citado ni una sola vez en el epistolario Martí-Mayans. Más aún, la única carta conocida del Deán a Francesco Bianchini, fechada en Valencia el 7 de octubre de 1702,¹¹⁵ se halla demasiado próxima –cronológicamente hablando– a la legación del cardenal Barberini –de la que el veronés formaba parte a título de cronista– ante el rey Felipe V –a la sazón en Nápoles– como para no semejar más epístola postulatoria que genuina muestra de comercio intelectual.¹¹⁶ La jugada, sin embargo, no parece que volviera a repetirse en 1706, cuando Bianchini defendió con argumentos históricos los presuntos derechos de Felipe V sobre el Condado de Comacchio frente a la agresión conjunta de las tropas imperiales y las de la familia Este, operación militar cuya legitimidad patrocinaban los historiadores Benedetto Bacchini (1651-1721) y Ludovico Antonio Muratori.¹¹⁷ El célebre historiador y astrónomo tampoco aparece aludido, por último, entre las personalidades que Martí visitó o reencontró durante su segunda estancia en Roma (1717-1718).

De alguna manera, pues, la figura de Bianchini, árbitro de la cultura italiana de comienzos del XVIII y el más europeo de todos los intelectuales cisalpinos de su tiempo,¹¹⁸ ejemplifica hasta cierto punto la tremenda miopía de Martí sobre el escalafón interno de la República Literaria. Mucho admira pensar que el orgullo del valenciano –tal vez herido ante la inicial falta de respuesta a sus misivas– le impidiese cultivar la amistad con esta figura de talla universal que mantuvo estrechas relaciones con Magliabechi, Muratori, Trevisano, Manfredi, Galliani, Vallisneri, Zeno, Montfaucon, Leibniz, Flamsteed, Halley, Newton –con quien se entrevistó en tres ocasio-

¹¹³ L. Gil, “El círculo [...]”, págs. 168-169.

¹¹⁴ Lo que sucedió en marzo del año 1691, adoptando Bianchini el pastoril sobrenombre de *Selvaggio Afrodísio*. A. Quondam, art. cit., pág. 394.

¹¹⁵ *Epistolarum libri XII* (IV.IV.359-361).

¹¹⁶ Sobre los detalles de aquella legación y los orígenes de la relación entre Bianchini y la intelectualidad napolitana (monseñor Vidania, Giuseppe Valletta, Gianbattista Vico, Matteo Egizio, Domenico Ausilio, etc.), véase *Dizionario biografico degli italiani*, tomo X, pág. 189.

¹¹⁷ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 386-387.

¹¹⁸ Buena prueba de ello son los elogios que la obra de Bianchini suscitó en el *Journal des Sçavants*, revista cultural de amplia difusión europea patrocinada por la Academia de Ciencias de París. *Ibidem*, págs. 54 y 137.

nes distintas–, con el historiador Cunningham y hasta con el exiliado rey Jacobo III Estuardo, que fue cofundador de la veronesa *Accademia degli Aletofili* (1684), miembro correspondiente (1699) y asociado (1706) de la *Académie des Sciences de Paris*, que viajó por Francia, Renania, Bélgica, Holanda e Inglaterra (1713-1714), que visitó la *Royal Society* (1714) y publicó varios trabajos científicos en su revista *Philosophical Transactions*, que hizo aportaciones significativas al debate matemático sobre las dimensiones del globo terráqueo (1712) y realizó conocidos experimentos científicos sobre óptica y electricidad (1715-1716) o que perteneció a la academia científica del cardenal Gualtieri (desde 1714). Pero lo verdaderamente sorprendente –máxime si consideramos las futuras inquietudes arqueológicas del Deán– es que Martí no perseverase en sostener correspondencia epistolar con quien fuera el fundador de la *Accademia degli Antiquari alexandrini* (1700), autor –asimismo– de *Istoria universale provata con monumenti e figurata con simboli degli antichi* (Roma, 1697) y *De Calendario, et Cyclo Caesaris, de Paschali Canone S. Hippolyti Martyris, Dissertationes duae* (Roma, 1703-1704), empresas –todas ellas– que valieron a Bianchini ser nombrado en 1703 *Presidente delle Antichità di Roma*, es decir, máximo responsable del patrimonio arqueológico de la Ciudad Eterna. Bianchini pudo iniciar así las primeras excavaciones sistemáticas del Aventino, del Palatino, del Palacio de Augusto y de la Via Apia, y proyectar el nonato *Museo de Antigüedades Sacras de Roma*, antes de ser nombrado secretario de la *Congregación para la Reforma del Calendario* en 1705.¹¹⁹

Tanto Fabretti como Buonarroti, Bianchini y el futuro arcade Giorgio Baglivi (1668-1707), joven médico de origen dalmata y catedrático de la *Sapienza*,¹²⁰ habían frecuentado las reuniones de la *Accademia Físico-Matemática* fundada en Roma por monseñor Giovanni Giustino Ciampini (1633-1698) el 5 de agosto de 1677. Quince años después, todos ellos volverían a coincidir en las sesiones de la *Arcadia*, donde Ciampini inscribió su nombre y fue rebautizado como pastor *Immone Oeio* (27-V-1691).¹²¹ Martí afirmaba haber mantenido una estrecha amistad con los cinco, e incluso sostenía poseer alguna carta del genial autor de *De praxi medica ad priscam observandi rationem revocanda libri duo* (Roma, 1696): *yo creí que había dexado en mi colección una epístola de Baglivo, para que constara de*

¹¹⁹ *Dizionario biografico degli italiani*, tomo X, págs. 187-194.

¹²⁰ Sobre Baglivi –discipulo de Marcello Malpighi (1628-1694), también arcade, catedrático de medicina teórica de la Universidad de Pisa, médico del papa Inocencio XII y defensor de la experimentación médica frente a los galenistas dogmáticos– puede consultarse el mismo *Dizionario biografico degli italiani*, en su tomo V (Roma, 1963), págs. 250-252, donde constan sus obras, su puesto como catedrático en la *Università della Sapienza*, su pertenencia a la *Arcadia* con el sobrenombre de *Epidauro Pircense* y el carácter precursor de su método anatómico-microscópico. Véase, asimismo, F. Waquet, *op. cit.*, págs. 191-192.

¹²¹ *Dizionario biografico degli italiani*, tomo XXI (Roma, 1978), pág. 140.

nuestra amistad. Pero devila quitar por no ser el estilo muy puro, aunque escrita con un elogio mío grande.¹²² Pese al testimonio, nada hay en los textos martinianos –salvo una razonable suposición– que permita sostener que el futuro Deán se sintiera invitado a la lectura de Bacon, Gassendi e, incluso, Vives, gracias a Baglivi o a su maestro Malpighi.¹²³ De Ciampini constan sus “frecuentes” incursiones en las catacumbas romanas en compañía de Fabretti y del joven Martí.¹²⁴ Pero pensar que el anciano Fabretti solía descender al rico subsuelo romano en compañía del abreviador de la Curia¹²⁵ para satisfacer los deseos y alentar las inquietudes arqueológicas de nuestro joven valenciano, por mucho que nos induzca a ella la biografía autorizada de Martí, no deja de ser una temeridad.¹²⁶ Ciampini era uno de los intelectuales más notables de su tiempo.¹²⁷ Entre 1675 y 1680, después de la escisión del consejo de redacción de la revista *Giornale de'Letterati* fundada por Francesco Nazzari y Salvatore Serra en 1668, Ciampini se convirtió en el director de una de las dos publicaciones surgidas del cisma, difíciles de distinguir en abstracto, pues ambas ostentaban la misma cabecera.¹²⁸ Monseñor Ciampini mantuvo la línea editorial de la misma –básicamente calcada del *Journal des Sçavants*– y, entre otros colaboradores, contó con la ayuda de Filippo Buonarroti.¹²⁹ Martí desconocía –o, cuanto menos, tuvo a bien pasarlas por alto– las actividades publicísticas de Buonarroti y Ciampini. Pero lo que provoca auténtica extrañeza es que no aludiera a la *Academia Eclesiástica*, o *Academia de los Concilios*, que Ciampini había auspiciado, aunque, de hecho, dirigiera el secretario de la misma, Giovanni Pastrizio, lector de Teología del *Colegio de Propaganda Fide*.¹³⁰ La *Academia de los Concilios*, símbolo de la revitalización de la historiografía conciliar en la Roma del último tercio del XVII, había comenzado su andadura a mediados del año 1671, tras ser transferida su sede inicial desde el Convento agustiniano de San Nicolás de Tollentino al *Colegio de Propa-*

¹²² Martí a Mayans (3-VII-1733), en *Epistolario III*, pág. 308.

¹²³ L. Gil, “El círculo (...)”, pág. 171.

¹²⁴ Martí a Mayans (26-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 305.

¹²⁵ Ciampini, de formación jurídica, era entonces secretario de *Parco Maggiore* y, desde 1695, abreviador de la Curia. *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXI, 1978, pág. 137.

¹²⁶ Mucho nos tememos que la anécdota, magnificada por Martí y llevada hasta el paroxismo por Mayans, no pasase de ser una excursión breve organizada por Fabretti, Ciampini y –tal vez– por Giuseppe de Juliis (profesor de lengua griega en el *Colegio de Propaganda Fide*), a la que debieron de ser invitados algunos de los miembros de la Arcadia.

¹²⁷ Había acompañado a Mabillon durante su estancia en Roma y su nombre aparecía elogiosamente citado en las páginas del *Museum Italicum* del benedictino y en las del *Journal des Sçavants*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 166 y F. Waquet, *op. cit.*, pág. 54.

¹²⁸ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 64-65.

¹²⁹ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXI, 1978, pág. 137.

¹³⁰ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 235-238.

ganda Fide. De naturaleza privada, entre sus miembros sobresalieron los cardenales Lambertini y Pamphili, y el mismísimo Filippo Buonarroti.¹³¹ Puede que también perteneciera a ella Giuseppe de Juliis, profesor de griego del *Colegio de Propaganda Fide*, citado por Martí entre sus amistades romanas.¹³² A pesar de la coincidencia entre los estudios conciliares de la docta institución y los del tándem Aguirre-Martí, el valenciano no alude ni a esta institución, ni a la tertulia que, con idéntico propósito, abrió Ciampini en su propia residencia a comienzos de la década de los noventa, y a la que, por cierto, solía asistir su gran amigo Gravina.¹³³ Tampoco realiza comentario alguno sobre los trabajos arqueológicos de Ciampini, como su proyecto para la reconstrucción del Acueducto de Trajano, fechado en 1694,¹³⁴ o su famoso trabajo *Monumentos antiguos en los que se ilustra, sobre todo con mosaicos, la estructura de los edificios sagrados y profanos, y también los ritos antiguos con algunas imágenes y disertaciones* (Roma, 1690).¹³⁵

Arcades fueron también el poeta Alessandro Guidi (1650-1712)¹³⁶ y el literato y jurista florentino Antonio Malegonelli (?-1700), miembro asimismo de la *Academia de los Infecundos*.¹³⁷ Fuera cual fuese su relación con Martí, no parece que en ninguno de los dos casos ésta se prolongase más allá de la primera estancia en Roma del valenciano. De Malegonelli, no obstante, el Deán quiso que se supiese que había publicado un tomo de discursos y epístolas en 1697, precedido de un prólogo latino compuesto por el valenciano.¹³⁸ El erudito fraile agustino Lorenzo Zaccagni (1657-?) había ingresado en la Arcadia el 1 de agosto de 1691, adoptando el sobrenombre de pastor *Procipto Esculapiano*.¹³⁹ Como ya hemos indicado, Zaccagni era bibliotecario de la Vaticana y hombre de confianza de los cardenales Casanate –director de la institución– y Noris –primer custodio–. La especialidad del agustino era la paleografía griega, disciplina en la que se consideraba un maestro consumado, hasta el punto de pretender rivalizar públicamente con el maurino Bernard Montfaucon.¹⁴⁰ No debe extrañar, pues, que Casanate encomendase a Noris y a Zaccagni la edición de la *Collectanea Monumentorum veterum Ecclesiae Graecae et Latinae, quae hactenus in Vaticana Bibliotheca delituerunt*, una serie de la que sólo

¹³¹ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXI, pág. 138.

¹³² *Martini Vita*, pág. 91.

¹³³ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXI, pág. 139.

¹³⁴ *Ibidem*, pág. 137.

¹³⁵ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 166.

¹³⁶ *Ibidem*, pág. 159.

¹³⁷ *Ibidem*, pág. 165.

¹³⁸ *Martini Vita*, pág. 91.

¹³⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 158.

¹⁴⁰ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 160 y 323 (nota 93).

apareció el volumen primero el mismo año (1698) del fallecimiento de Noris y de la promoción de Zaccagni al puesto de primer bibliotecario de la Vaticana.¹⁴¹ Luis Gil supone que el agustino pudo ser el inspirador de la biografía que Martí parecía haber compuesto en griego de los mártires Cesáreo y Juliano –precedida de su oficio, que se celebra el primer día de noviembre–, y de una traducción latina incompleta. En realidad, el texto griego constituye una mera copia de los fragmentos existentes en el *Codex Vaticanus Graecus* 2.302, y tal vez fuera suministrado al Deán por Zaccagni, previendo una posible inclusión del mismo en la *Collectanea*.¹⁴² Pero Lorenzo Zaccagni hizo algo más por Martí. Le regaló un ejemplar de los comentarios de Eustacio a Homero con el fin, al parecer, de que el Deán lo tradujese al latín. Esta manifestación de afecto aparece oportunamente reflejada en la única carta a Zaccagni que conocemos.¹⁴³

Las amistades y relaciones que Martí hizo en la *Arcadia* han sido enjuiciadas siempre desde una perspectiva eminentemente cultural. Pero, como ya hemos adelantado, los arcades no sólo fueron personajes de gabinete, sino también hombres de acción, al menos en algunos casos. Entre todos ellos, el napolitano Gennaro Antonio Capellari (1665-1702) es, sin lugar a dudas, la figura más sorprendente e inquietante.¹⁴⁴ Este antiguo jesuita, estudioso de la antigüedad greco-latina y de la filosofía estoica, había renegado del espíritu de la Compañía hasta el punto de convertirse en uno de sus más acérrimos detractores.¹⁴⁵ De su producción intelectual sabemos muy poco: tan sólo que escribió un diálogo titulado *De laudibus Philosophiae*¹⁴⁶ y un poema de corte filosófico, *De immortalitate Animae*, que dedicó a su amigo Manuel Martí.¹⁴⁷ De sus actividades clandestinas tampoco sabemos mucho más.¹⁴⁸ Luis Gil, sin embargo, ha precisado que Capellari fue ejecutado en Nápoles el 29 de marzo de 1702 por las autoridades españolas.¹⁴⁹ El Deán conoció tempranamente el trágico desenlace gracias a su amigo

¹⁴¹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

¹⁴² *Ibidem*, pág. 158.

¹⁴³ Martí a Zaccagni (3-X-1702), en *Epistolarum libri XII* (IV.III.356-359).

¹⁴⁴ Aparece inscrito en la *Arcadia* en 1694 con el sobrenombre de *Tirreno Lecheatico*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 164.

¹⁴⁵ Aunque Luis Gil ha focalizado todo el peso del antijesuitismo del Deán en la influencia que sobre él pudieron haber ejercido Casanate, Noris, Gravina y el mismo Capellari, lo cierto es que el de Oropesa respiró aires anti-ignacianos y filojansenistas no sólo en la *Arcadia*, sino también en la residencia del cardenal Aguirre. *Ibidem*, pág. 171.

¹⁴⁶ *Ibidem*, pág. 165; *Martini Vita*, pág. 336 (comentario al n.º 38).

¹⁴⁷ *Martini Vita*, pág. 90.

¹⁴⁸ El propio texto de la biografía martiniana permite intuir que Capellari estuvo bien relacionado con las altas esferas de la vida política italiana de fines del xvii, especialmente con Ranuccio II, duque de Parma y Piacenza, aristócrata, bibliófilo y mecenas. *Ibidem*, pág. 336 (comentario al n.º 38).

¹⁴⁹ *Ibidem*.

Gravina –napolitano como Capellari– y lamentó la “locura y estupidez” de su antiguo amigo.¹⁵⁰ Con la información de que disponemos resulta difícil precisar si Capellari pudo estar de alguna manera involucrado en la conjura del Príncipe de Macchia (23-IX-1701) o en cualquier otra conspiración de las que precedieron a la arribada del rey Felipe V a Nápoles (17-IV-1702).¹⁵¹ De lo que no cabe la menor duda es de que Capellari fue contrario a la sucesión borbónica establecida en el testamento de Carlos II, y muy probablemente estuvo ligado al partido austriaco o “patriótico” represaliado con saña por el virrey Medinaceli y por su regente Serafino Biscardi (1643-1711), antiguo profesor de Derecho de Gravina.¹⁵² En cualquier caso, la afinidad entre Capellari y Martí debió ser tan intensa que, a despecho del riesgo potencial, el Deán no quiso que Mayans dejara de contar al conspirador napolitano entre sus viejas amistades romanas. Y D. Gregorio, que estaba perfectamente al corriente de la ejecución de Capellari,¹⁵³ salvó como pudo esta delicada página de la biografía martiniana: *Genaro Capellari, de Nápoles, dotado de talento brillantísimo y admirable estro poético [...] tuvo un final trágico que más vale pasar en silencio*.¹⁵⁴

Pero si alguna vez Manuel Martí tuvo un amigo verdadero y constante durante sus años romanos, éste no fue otro que el jurista napolitano Gianvincenzo Gravina, nacido en Roggiano [Cosenza (Nápoles)] en 1664 y fallecido en Roma en 1718.¹⁵⁵ Discípulo de Serafino Biscardi en la Facultad de Derecho de Nápoles y del cartesiano filojansenista Gregorio Calopresse, expositor de Bacon, Descartes y Nicole,¹⁵⁶ Gravina es un magnífico exponente de la brillantez de cultura napolitana de finales del xvii, en parte restaurada gracias a la reforma universitaria iniciada por el virrey conde de Oñate. Gravina llegó a Roma en 1689 como agente del cardenal Francesco Pignatelli, futuro arzobispo de Tarento y de Nápoles, y muy pronto se involucró en la vida cultural de la Ciudad Eterna, primero como miembro de la *Arcadia* (1690) y después como catedrático de Derecho Civil de la *Sapienza* (1699).¹⁵⁷ El jurista napolitano ha sido considerado como uno de los má-

¹⁵⁰ Martí a Gravina (17-IX-1702), en *Epistolarum libri XII* (I.III.12).

¹⁵¹ Salvo Mastellone, “Vico ed il contrasto dei ceti al momento della congiura del Principe di Macchia”, en *Pensiero politico e vita culturale a Napoli nella seconda metà del Seicento*. Messina-Firenze, Biblioteca di Cultura Contemporanea LXXXVIII, Casa Editrice G. d’Anna, 1965, págs. 197-235.

¹⁵² *Ibidem*, pág. 209; G. Gasperoni, *Scipione Maffei [...]*, pág. 84.

¹⁵³ Martí a Mayans (3-VII-1733), en *Epistolario III*, págs. 307-308.

¹⁵⁴ *Martini Vita*, págs. 89 y 91.

¹⁵⁵ La bibliografía sobre esta primera figura de las letras italianas del Seicientos es abundante. Entre las obras más recientes cabe mencionar la de Carlo Ghisalberti, *Gianvincenzo Gravina giurista e storico*. Milán, 1962. Amadeo Quondam, *Cultura e ideologia di Gianvincenzo Gravina*. Milán, 1968 y Fabrizio Lomonaco, *Le Oraciones di G. Gravina: scienza, sapienza e diritto*. Nápoles, 1997.

¹⁵⁶ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 115, 197 y 217.

¹⁵⁷ G. Gasperoni, *op. cit.*, pág. 85.

ximos representantes de la reacción contra la vieja cultura heredada y como uno de los iniciadores de la cultura de la Ilustración en Italia.¹⁵⁸ En materia de moral fue Gravina contrario a las doctrinas jesuíticas; en filosofía denunció los vicios y falacias del aristotelismo; en el campo de la literatura se opuso a la preceptiva barroca que, incluso, animaba a algunos arcades como Crescimbeni; y en el ámbito de la jurisprudencia fue partidario de la escuela culta y, consecuentemente, enemigo de la metodología de los ridolfinistas.¹⁵⁹ Vasallos ambos del rey de España y ambos decididos defensores de la modernidad científica e histórica, Martí y Gravina simpatizaron pronto, y compartieron afanes y amistad.¹⁶⁰ El valenciano no dudó un instante en defender al napolitano de los ataques del sienés Ludovico Sergardi —que utilizaba el pseudónimo de *Quinto Sectano* en sus escritos— con una obra tan audaz como el *Satyromastix* o *Notas críticas a las diez primeras sátiras de Q. Sectano*, que —según el propio Deán— hizo las delicias de todos los amigos romanos.¹⁶¹ Gravina guardó un profundo agradecimiento hacia Martí y no dudó en remitirle a España algunas de sus obras como *De romano Imperio* y *Della Tragedia*. Sin embargo, no fueron éstos los estudios más brillantes del napolitano, sino el conjunto de su obra jurídica, especialmente *De Ortu et Progressu Iuris Civilis*, que Martí debió asimismo poseer, pues recomendó su lectura al joven Gregorio Mayans.¹⁶² Tiempo después, durante la segunda estancia de Martí en Italia, Gravina y él volverían a coincidir en los breves meses que precedieron al fallecimiento del napolitano. Tres años atrás se había producido la ruptura entre Crescim-

¹⁵⁸ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 190, 350 y 355.

¹⁵⁹ Gravina fue uno de los intelectuales italianos que mayor resonancia alcanzó en Europa. Coincidiendo con su fallecimiento, Jean Le Clerc realizó una amplia recensión de sus obras, particularmente de los *Origines Iuris Civilis* y de los *Opuscoli*, para la revista *Bibliothèque Ancienne et Moderne*. El estudio de Le Clerc puede considerarse, de hecho, un magnífico catálogo de las virtudes intelectuales que los europeos apreciaban en los trabajos literarios de Gravina —erudición, rigor filológico, amplitud de los intereses históricos y filológicos, capacidad reflexiva, etc.—, elementos que, sin hallarse completamente ausentes de la obra del Deán, difícilmente podían ser valorados por la República Literaria —pese a la orquestación publicística de sus *Epistolarum libri*—, dado el carácter privado y manuscrito de la mayor parte de sus escritos. Fabrizio Lomonaco, “Jean Le Clerc, recensore de Gianvincenzo Gravina nella *Bibliothèque Ancienne et Moderne* (1718)”, en *Storiografia. Rivista Annuale di Storia*, 1 (Pisa-Roma, 1997), págs. 105-113.

¹⁶⁰ A diferencia de otros presuntos amigos del Deán, las cartas cruzadas con Gravina —algunas de ellas datadas en 1694, cuando Martí todavía se hallaba en Roma— demuestran que, entre ambos, hubo un trato muy afectuoso y cordial. Estas cartas —un total de trece— fueron publicadas en el libro primero de los doce epistolares, abarcando el año 1694 y la etapa 1702-1717. *Epistolarum libri XII* (I.I-XIII.1-34).

¹⁶¹ *Martini Vita*, pág. 77. Como se sabe, *Satyromastix* no fue publicada. Mayans poseía un ejemplar que finalmente regalaría a Francisco Cerdá Rico. Antonio Mestre Sanchis, “Humanismo y erudición en Cerdá Rico”, en *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1980, pág. 96.

¹⁶² Martí a Mayans (3-II-1721), en *Epistolario III*, pág. 12.

beni y Gravina a causa de sus profundas discrepancias en materia de preceptiva literaria. Nada apunta, sin embargo, la *Martini Vita* sobre la nueva academia literaria *dei Quirini* fundada por el napolitano en 1714. Antes al contrario, y en prueba de la virtual intimidad entre ambos intelectuales, el texto de la biografía martiniana subraya que el Deán llegó a tiempo, en 1718, de persuadir a su “imprudente” y moribundo amigo de la inoportunidad de publicar una obra, *De Romano Imperio Germanorum*, en la que el jurista defendía la autoridad eminente del emperador sobre todos los reyes europeos.¹⁶³ Pero el testimonio conjunto de Martí y Mayans, una vez más, resulta poco creíble, pues si alguien podía temer algún tipo de represalias políticas como consecuencia de aquella obra, no era precisamente Gravina, súbdito del emperador Carlos VI —en su condición de napolitano— desde la firma del Tratado de Rastatt (6-III-1714), sino, en todo caso, el mismísimo Deán.

DE ROMA A ROMA: EXTRAÑO EXILIO Y NO MENOS SORPRENDENTE REGRESO DE MARTÍ A LA CIUDAD ETERNA

El *corpus* martiniano —apuntes autobiográficos, *Martini Vita* y los epistolarios latino y castellano del Deán de Alicante— ha contribuido poderosamente a difundir una imagen de su protagonista que no siempre resulta fácil corroborar con pruebas y argumentos históricos perfectamente contrastados. Parece claro que Martí magnificó la naturaleza de su relación con lo que hemos dado en llamar el círculo del cardenal Aguirre y con la mayor parte de los eruditos, literatos y estudiosos que trató en la *Arcadia*. A poco que se medite sobre ello, no cabe deducir otra conclusión de su juventud, falta de renombre o de las intensísimas jornadas a tiempo completo que forzosamente debió dedicar al aparato de los concilios españoles e indios, a la edición de la *Vetus* antoniana y a sus propios estudios de jurisprudencia.¹⁶⁴ El valenciano, por descontado, acudía a las sesiones de los arcades, visitaba cementerios, catacumbas y museos, trabajaba en las bibliotecas Vaticana, Ottoboniana y Barberina, pero ¿lo hacía tan a menudo como sus papeles dan a entender? La respuesta no es sencilla, pues Martí residió en Roma cerca de una década (1686-1696) y —como todos sabemos— las impresiones intensas y excepcionales suelen dejar una huella imperecedera en la memoria, máxime cuando se está naturalmente predispuesto a ello. Por otra parte, aquel arrebatado pirómano que fue Martí, privó para siempre a sus estudiosos de pistas fundamentales para reconstruir su inicia-

¹⁶³ *Martini Vita*, pág. 205.

¹⁶⁴ El propio Sáenz de Aguirre —si hemos de creer a Martí— llegó a preocuparse seriamente por la salud de su hiperactivo bibliotecario. *Ibidem*, pág. 279.

ción a la erudición clásica en la Ciudad Eterna, al entregar a Vulcano tres manuscritos teóricamente excepcionales: su tratado sobre las copas y los banquetes, las notas extraídas de los códices que consultó en Roma y la traducción latina de las *Olimpiadas* de Flegonte de Tralles.¹⁶⁵ Pero de lo que no cabe la menor duda es de que el joven poeta que había abandonado España a mediados de 1686, regresó a Valencia en 1696 en “olor de santidad erudita y social”, esto es, laureado *in utroque iure*,¹⁶⁶ convertido en un consumado helenista —lo que, desde luego, nadie puede discutir—, en inmortal editor de Antonio y de los concilios hispanos, en un “experto” en las ciencias anticuarias,¹⁶⁷ en propietario de una selecta biblioteca y de un escogido monetario,¹⁶⁸ en “íntimo” de todas las celebridades romanas, en propietario de dos beneficios eclesiásticos en Valencia, amén del decanato alicantino¹⁶⁹

¹⁶⁵ Los supuestos títulos de estos trabajos aparecen en *Martini Vita*, págs. 295, 297 y 303. Para no confundir al lector, señalaremos que las notas aludidas constan en la *Vita* con el pomposo título de *Volumen praegrande Variantum Lectionum*. La cronología de su incineración puede seguirse a través de las páginas de “La España de Felipe V [...]” de Luis Gil: no consta la fecha de la destrucción de *De veterum poculis*, pero el *Volumen praegrande* fue curiosa y tempranamente quemado en 1700, y la *Historia Olympiadum*, pese a ser obra del gusto de César Lorenzo Bolifón, lo fue en 1728.

¹⁶⁶ *Martini Vita*, pág. 97.

¹⁶⁷ El Deán no tardaría en emular las hazañas de los arqueólogos romanos, escogiendo la cercana y potencialmente rica —como se verá más adelante— villa de Sagunto para sus primeras campañas en compañía de Vicente Torres, José Manuel Miñana y Juan Basilio de Castellví.

¹⁶⁸ La famosa colección numismática del Deán, compuesta por 4.000 ejemplares de la serie imperial, 600 consulares, 500 griegas y 300 españolas antiguas, aparece relacionada en *Martini Vita*, págs. 279 y 281 y en sendas cartas de Martí a Mayans (27-VI y 11-VII-1732), en *Epistolario III*, págs. 259-260. No existe información acerca de su constitución, aunque sí sobre su venta. Desde luego, antes de 1721 el Deán ya se había desprendido de buena parte de las mismas. En 1721 aceptó Martí vender a Andrea Bonito —noble napolitano, coronel y amigo de Felipe Bolifón— sus monedas consulares [*Martini Vita*, págs. 229 (donde se precisa la venta de 517 piezas consulares) y 279 (donde, sorprendentemente, la cifra se eleva a 700)]. Las monedas griegas, finalmente, fueron vendidas a un desconocido inglés [*ibidem*, pág. 229 (curiosamente, las 500 piezas griegas del Deán se han convertido ahora en 700 u 800)]. Tampoco hay datos muy precisos acerca de la formación de la biblioteca privada del Deán. De lo que no cabe duda es de que ésta era en extremo exquisita, tanto por la calidad de las ediciones y las encuadernaciones —punto sobre el que Martí fue siempre un verdadero maniático—, cuanto por la entidad de las obras. En 1699 tuvo la desdicha de padecer un doloroso expurgo inquisitorial en Alicante que dejó “estuprados” muchos de sus libros [L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, pág. 292]. Más o menos hacia 1721, al igual que había hecho con su monetario, el Deán decidió poner a la venta su biblioteca. Los fondos fueron subastados en Holanda y adquiridos por un librero inglés, que probablemente fuera cierto *Mestre Bius* a quien se alude en las cartas de Martí a Mayans (24-IV-1733) y (15-VIII-1736), en *Epistolario III*, págs. 286 y 397. La anécdota —en cierto sentido— no tiene desperdicio, porque no sólo dio pábulo al rumor de que el Deán había muerto [Martí a Mayans (3-V-1732), en *ibidem*, pág. 252], sino que provocó la pérdida involuntaria de algunos manuscritos martinianos, concretamente tres rapsodias latinas que Martí no echó de menos hasta 1733 [Martí a Mayans (12-VI-1733), en *ibidem*, pág. 300].

¹⁶⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 160.

y —por si esto fuera poco— en discutido objeto de la “concupiscencia intelectual” de dos personajes tan descomunales como el cardenal Aguirre y D. Luis Francisco de la Cerda (1660-1711), IX duque de Medinaceli y de Segorbe, y virrey de Carlos II en Nápoles entre los años 1696 y 1704.

Su partida de Roma, en efecto, constituye un nuevo motivo de inquietud para cualquier estudioso del Deán. Hiberbólico escultor de su propia imagen, Martí convirtió aquel episodio en una especie de “cuestión de estado”, mientras Mayans, ditirámico notario del autobombo, creyó su historia con la fe del devoto. La anécdota es muy conocida. El Duque *deseaba tener consigo a Manuel Martí*. Aguirre, por supuesto, *se empeñaba en no dejarle ir*. El cardenal sostenía que en la laboriosidad de su bibliotecario *había depositado su fama. Avivaba esta pugna la rivalidad de aquellos nobilísimos varones, añadiéndose también a esto hostilidades solapadas*. Medinaceli escribió a su madre, D.^a Catalina de Aragón, para que interpusiese su influjo ante el rey Carlos y que el monarca *ordenara a Aguirre que se aviniera a que Martí se instalase en su casa*. La Duquesa, en efecto, *lo consiguió facilísimamente con sus insistentes ruegos*. Martí *se vio obligado a someterse*. Oportunamente quedó vacante el Deanato de Alicante y el valenciano halló, al fin, una buena excusa que presentar al Duque, *quien, tras darle muchos parabienes [...], le respondió que lo llevaba mal, ya que se veía frustrado de su esperanza*.¹⁷⁰ El párrafo número 47 de la *Martini Vita* que acabamos de reproducir parcialmente suscita numerosos interrogantes, que la correspondencia privada del Deán no ayuda en modo alguno a despejar. En ella insiste Martí en que Medinaceli y Aguirre *eran entonces enemigos mortales por motivos largos de contar*. Y así, *ambos estaban obstinadísimos en su empeño*.¹⁷¹ La hipótesis de que ambos pudieran estar enfrentados por discrepancias en torno a la sucesión al trono, aunque verosímil en principio, dado el “filofelipismo” del Duque,¹⁷² es tan atractiva como temeraria, y, hoy por hoy, resulta sencillamente inabordable. Lo que, a continuación, habrá que añadir es que, de ser esencialmente fidedigno el testimonio del Deán, Martí no podía aceptar la invitación del Duque sin ofender al cardenal Aguirre, pero tampoco podía permanecer en Italia después de haber sido requerido para ocuparse de la biblioteca-museo del flamante Virrey de Nápoles. De alguna manera, pues, la propuesta de Medinaceli dejó a Martí en una posición muy delicada y, en gran medida, le empujó a abandonar Roma. Martí debía sentirse profundamente agradecido a su antiguo mentor Aguirre, pero, a decir verdad, su partida le privó de una experiencia intelec-

¹⁷⁰ Los fragmentos en cursiva han sido tomados literalmente de la larga narración contenida en *Martini Vita*, págs. 95 y 97.

¹⁷¹ Martí a Mayans (29-V-1733), en *Epistolario III*, pág. 298.

¹⁷² Henry Kamen, *La Guerra de Sucesión en España (1700-1715)*. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1974, págs. 102-104.

tualmente estimulante. Porque, de haber aceptado seguir al Duque, Martí hubiera podido participar, sin duda, en la articulación de la *Academia Palatina* de Nápoles, fundada por Medinaceli tras instalarse en la capital del *Reame* (1698-1699), donde hubiera coincidido con muchos de los “padres y hermanos espirituales”, no sólo de su íntimo Gianvincenzo Gravina, sino también de su futuro amigo Felipe Bolifón: Serafino Biscardi, Gregorio Calopresse, Giuseppe Valleta, Paolo Mattia Doria, Federico Pappacoda y los más jóvenes Gianbattista Vico y Pietro Giannone.¹⁷³

Aunque la trayectoria del deán Martí en España durante los años 1696 a 1717 no es el objeto primordial de este estudio, resulta completamente imposible no aludir a ella, siquiera sea con brevedad, tanto por su importancia intrínseca, cuanto por las amistades europeas que se forjaron durante aquella etapa.¹⁷⁴ Martí había estado ausente de la patria casi once años y se había perdido algunos acontecimientos tan sustantivos para la historia de nuestra renovación intelectual como la constitución de la *Academia Matemática* (1687),¹⁷⁵ promovida por los *novatores* Tomás Vicente Tosca, filósofo oratoriano, Juan Bautista Corachán, catedrático de Matemáticas del *Estudio General*, y Baltasar Íñigo.¹⁷⁶ Tampoco —al parecer— había tenido noticia de la constitución de la *Academia de Desamparados-San Javier* (1690), también conocida como *Academia del Marqués de Villatorcas*, una institución dedicada al cultivo de todas las artes escenográficas, de la poesía, las matemáticas y la política, de la que formaron parte D. José de Castellví y Coloma, marqués de Villatorcas, el Conde de la Alcudia —célebre por su nutrida biblioteca—, así como Tosca, Corachán e Íñigo, que se incorporaron definitivamente a esta tertulia.¹⁷⁷ Tras su regreso, convertido en una auténtica celebridad, el Deán no tardó mucho en conectar con el grupo de intelectuales más inquietos de la capital. Éste continuaba entonces congregado en torno a la casa de Villatorcas, encabezada ahora por D. Juan Basilio de Castellví, hijo de D. José, conde de Cervellón y marqués de Villatorcas.¹⁷⁸ A los contertulios habituales —Castellví, Tosca, Corachán, Íñigo— se habían unido el jurista Pedro Borrull, los trinitarios José Rodríguez y

¹⁷³ Sobre la *Academia Palatina* pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Giuseppe Ricuperati, “A proposito dell’Accademia Medina Coeli”, *Rivista Storica Italiana*, LXXIV (Nápoles, 1972), págs. 57-79 y Roberto Mazzola, “Vico all’Accademia del Medina Coeli”, en *Bolletino del Centro di Studi Vichiani*, XX (Nápoles, 1990), págs. 131-139.

¹⁷⁴ En esta porción del relato biográfico del Deán, desafortunadamente, tendremos que conformarnos con los testimonios del *corpus* martiniano, dada la imposibilidad de contrastar las noticias que en él se aportan.

¹⁷⁵ P. Mas i Usó, “Academias [...]”, págs. 210-211.

¹⁷⁶ Hubo, además, otro tipo de reuniones científicas, como las que congregaba en su domicilio Félix Falcó de Belaochaga, dirigida al cultivo de la astronomía.

¹⁷⁷ P. Mas i Usó, “Academias [...]”, págs. 212-214 y Pedro Álvarez de Miranda, “Las Academias de los *Novatores*”, en *De las academias a la Enciclopedia [...]*, pág. 285.

¹⁷⁸ P. Álvarez de Miranda, “Las Academias [...]”, págs. 285-286.

José Manuel Miñana, el anticuario Vicente Torres y, por supuesto, Manuel Martí.¹⁷⁹

La personalidad del Deán era en muchos sentidos cautivadora y la *Academia entera del Conde de Cervellón* “cayó postrada a sus pies”.¹⁸⁰ No obstante, el tiempo y el carácter imposible de Martí irían colocando a cada quien en su lugar, pues, como bien se sabe, el Deán acabó peleándose o distanciándose sistemáticamente de todos sus viejos amigos.¹⁸¹ La ruptura más traumática afectó a su relación con Miñana, sobre quien Martí había ejercido un auténtico magisterio, tanto en el dominio de las letras profanas, como en el de la historia. No creo que haga falta añadir mucho más a lo precisado por los profesores Mestre, Gil, Pérez Durá y Estellés en torno a la composición, contenido y corrección de *De bello rustico valentino*, para ilustrar el conocido divorcio literario entre el Deán y el historiador trinitario.¹⁸² Con Castellví las relaciones no fueron tan afectuosas, aunque si bastante intensas. Como se sabe, en la portentosa biblioteca de más de siete mil volúmenes que el padre del Conde de Cervellón había adquirido en Mahón durante su etapa como virrey del Reino de Mallorca, Martí descubrió en 1702 las obras inéditas latinas manuscritas del poeta burgalés Fernando Ruiz de Villegas (1510-1551). De inmediato se pensó en su publicación. Sin embargo, ésta no se produciría hasta el año 1734. Fueron editadas en Venecia gracias al mecenazgo del austracista Castellví,¹⁸³ a la sazón en Viena, donde continuaba exiliado a pesar de la amnistía decretada en 1725.¹⁸⁴ El prólogo de la obra, redactado por Martí años atrás, además de una semblanza biográfica de Villegas y de un pequeño recorrido por la historia de nuestra literatura neolatina, contenía un discurso dirigido la juventud española —o *Martinus hispanae juventuti*— enaltecedor del estudio de las *humaniores litterae*.¹⁸⁵

¹⁷⁹ *Martini Vita*, pág. 99.

¹⁸⁰ Las cartas latinas que Martí les dirigió fueron publicadas en *Epistolarum libri XII*. Muchas de las latinas que le enviaron a él fueron, sin embargo, censuradas por el Deán con el consabido y acritico argumento de la “impureza de estilo”.

¹⁸¹ El epistolario Martí-Mayans está tan cuajado de cuitas contra Borrull (Martí se negó a que Mayans enviase a Borrull un ejemplar de sus libros epistolares), Castellví, Miñana, Rodríguez o Torres, que su relación pormenorizada sería hartamente enojosa.

¹⁸² El tema ha sido abordado por A. Mestre Sanchis, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*. Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 2, 1970, págs. 26-46, L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, *passim*, y por F. Jordi Pérez i Durá - José María Estellés González, “Introducción”, en José Manuel Miñana, *La Guerra de Sucesión en Valencia (De bello rustico valentino)*. Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1985, págs. 1-24.

¹⁸³ *Ferdinandi Ruizii Villegatis Burguensis quae extant Opera [...]*. Venetiis, 1734.

¹⁸⁴ Sobre Cervellón y los austracistas valencianos exiliados, véase Giovanni Stiffoni, “Un documento inédito sobre los exiliados españoles en los dominios austríacos después de la Guerra de Sucesión”, en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, nº 17 (Valencia, 1991), págs. 7-55.

¹⁸⁵ F. Jordi Pérez i Durá, “*L’Hispanae Juventuti* de M. Martí: una defensa de les humanitats clàssiques al segle XVIII”, en *Homenaje al Dr. D. Juan Reglá Campistol*. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, volumen II, 1975, págs. 21-34.

Martí residió en Valencia hasta el año 1704, simultaneando sus estudios y escritos con la tertulia del conde de Cervellón, y con aquellas expediciones arqueológicas a Sagunto,¹⁸⁶ de las que, en 1716, daría cuenta al benedictino Montfaucon.¹⁸⁷ Su vida, sin embargo, estaba llamada a experimentar un giro de ciento ochenta grados tras el regreso del Duque de Medinaceli a la Península. En un momento indeterminado del año 1704, el Deán recibió una carta suya *en la que le rogaba que se fuera con él, invitándole en condiciones muy ventajosas, a las que el Deán, si quería comportarse como hombre educado, no podía oponerse.*¹⁸⁸ El erudito se trasladó, pues, a Madrid, quedando al cuidado de la biblioteca, museo y colección numismática que el Duque había formado en Nápoles durante casi ocho años (1696-1704).¹⁸⁹ En la capital vivió Martí de lleno el conflicto sucesorio y fue testigo de todos los horrores de la guerra.¹⁹⁰ Ahora bien, ¿cuál fue la posición política del Deán de Alicante? Luis Gil opina que, hasta la ocupación de Madrid por las tropas del archiduque Carlos, a mediados de 1706, la postura de Martí fue decididamente pro-borbónica.¹⁹¹ Después, tal vez forzado por las circunstancias, bien pudo convertirse en un espectador “neutral” de los acontecimientos. Todo parece haber cambiado, sin embargo, tras la batalla de Almansa, la destrucción de la casa de sus padres por las tropas borbónicas y la caída misma del reino de Valencia en manos de Felipe V.¹⁹² No obstante, a la altura de nuestros conocimientos actuales, y en ausencia de fuentes originales que permitan dar cuenta de las opiniones íntimas del Deán durante el conflicto sucesorio, no es posible determinar si Martí fue –y hasta qué punto– borbónico o austracista. Como bibliotecario del duque de Medinaceli,¹⁹³ y de su sobrino y sucesor, el marqués de Priego,¹⁹⁴ como amigo de Miñana y –más tarde– de los hermanos

¹⁸⁶ *Martini Vita*, págs. 105 y 107.

¹⁸⁷ Nos ocupamos de la relación Martí-Montfaucon más adelante.

¹⁸⁸ *Martini Vita*, pág. 107.

¹⁸⁹ *Ibidem*, págs. 109, 111 y 113.

¹⁹⁰ Los acontecimientos aludidos y las impresiones de Martí han sido estudiadas por Luis Gil en su artículo “La España de Felipe V [...]”.

¹⁹¹ Aduce como prueba sendas cartas dirigidas a José Borull en noviembre de 1702 y mayo de 1706. Si este juicio fuera completamente correcto, desde luego nos ayudaría a comprender mejor la inmediata aceptación del empleo ofrecido por el Duque de Medinaceli. L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, págs. 280-281.

¹⁹² *Ibidem*, pág. 281.

¹⁹³ Medinaceli, como se sabe, falleció en 1711 en la fortaleza de Pamplona en extrañas circunstancias, donde había sido enviado preso por orden de Felipe V tras un sonado enfrentamiento con los ministros franceses del soberano.

¹⁹⁴ Se trata de D. Nicolás María Luis Fernández de Córdoba, heredero de los estados de Medinaceli y Segorbe, cuyas escasísimas dotes e intereses intelectuales aprovechó el Deán para abandonar el servicio de la aristocrática familia. Martí nunca guardó buen recuerdo del de Priego y, de hecho, se negó de plano a la sugerencia mayansiana de que sus doce libros epistolares se publicaran dedicados al Duque. Martí a Mayans (7-IX-1735), en *Epistolario III*, pág. 367.

Bolífon, como censor asimismo de la vesania de su amigo Capellari, Martí podría ser considerado un partidario de la causa borbónica. Como amigo, colaborador y corresponsal del conde de Cervellón, de Gaspar Ibáñez de Segovia, marqués de Mondéjar,¹⁹⁵ y de tantos otros valencianos austracistas –entre los que muy pronto comenzaría a contarse el joven Mayans–, el Deán de Alicante podría ser contemplado como epígono de la obra política de los Austrias por el archiduque Carlos había prometido restaurar. La pesquisa ordenada por el confesor Guillermo Daubenton en 1715, si hubiéramos conseguido localizarla, podría habernos ayudado tal vez a dilucidar la cuestión.¹⁹⁶

Pese a la enorme cantidad de sobresaltos que vivió Madrid entre 1705 y 1706, el Deán tuvo la oportunidad entonces de establecer relaciones con destacados intelectuales españoles –como el helenista Juan Interián de Ayalá–¹⁹⁷ y extranjeros –como el nuncio Antonio Felice Zondadari–.¹⁹⁸ Martí también conoció a su hermano, Alessandro Zondadari, futuro arzobispo de Siena. Con ambos –aunque especialmente con Alessandro– sostendría correspondencia. El primero recibió una extensa epístola el año 1705 con la famosa descripción martiniana del teatro saguntino,¹⁹⁹ y el segundo cuatro cartas, al menos: la primera, fechada el 13 de diciembre de 1706, contenía un extenso relato sobre la formación de la *Antología Griega*,²⁰⁰ la segunda (12-IX-1708) el catálogo completo de las obras del fallecido Marqués de Mondéjar,²⁰¹ la tercera (24-III-1710) el anuncio de sus trabajos arqueológicos en Itálica,²⁰² y la cuarta (15-VI-1722), escrita tras el reencuentro en Siena entre Alessandro Zondadari y Martí (?-VI-1717),²⁰³ constituía un cálido homenaje a su mutua amistad.²⁰⁴ También tuvo el Deán la ocasión de

¹⁹⁵ Martí se carteo con el Marqués durante los años 1707 y 1708. El intermediario inicial de la correspondencia fue el francés Jean de Serres. El de Oropesa, ciertamente, admiraba las obras de Mondéjar, particularmente sus *Disertaciones eclesiásticas*, la *Era de España* y la *Gades fenicia*. Las cartas latinas de Martí al Marqués fueron publicadas en el tomo V de los doce libros epistolares, mientras que las cartas de Mondéjar a Martí quedaron inéditas al haberse escrito en castellano. Tras el fallecimiento de Mondéjar, sus bienes fueron embargados y su biblioteca pasó a integrar los fondos de la recién creada Biblioteca Real.

¹⁹⁶ L. Gil, “El deán Martí o la esperanza fallida”, en Antonio Fontán - José López Rueda - Luis Gil, *Tres grandes humanistas españoles*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975, pág. 80.

¹⁹⁷ Todo el tomo VI de los doce libros de cartas martinianas está dedicado a la correspondencia cruzada con Interián.

¹⁹⁸ *Martini Vita*, pág. 115.

¹⁹⁹ Publicada en el libro IV de los doce epistolares (IV.IX.389-404).

²⁰⁰ Publicada, asimismo, en el libro IV de las epístolas latinas del Deán, ha sido estudiada por L. Gil, “El deán Martí y la *Antología Griega*”, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*. Cádiz, 1997, págs. 33-65.

²⁰¹ *Epistolarum libri XII* (IV.VI.381-385).

²⁰² *Ibidem* (IV.VII.385-386).

²⁰³ *Martini Vita*, pág. 203.

²⁰⁴ *Epistolarum libri XII* (IV.VIII.386-388).

componer, entre 1707 y 1708, uno de sus trabajos más originales y más apreciados por los hermanos Zondadari: el tratadito filo-filosófico de orientación neo-estoica titulado *Περὶ Παθῶν sive De animi affectionibus*.²⁰⁵ Tras el fallecimiento en prisión del IX Duque de Medinaceli (1711), Martí cambió de aires y trasladó su residencia al Palacio de Pilatos en Sevilla, donde se ocupó de su célebre museo de antigüedades, al tiempo que iniciaba sus no menos conocidas incursiones arqueológicas a las ruinas de Itálica en compañía del arcediano de Niebla, Francisco Lelio Levanto.²⁰⁶ Las relaciones del Deán con el sobrino del IX Duque y nuevo cabeza de la casa de Medinaceli —como hemos indicado— nunca fueron buenas. En 1715, pues, Martí regresó a Madrid. A pesar del apoyo del Marqués de Villena, la candidatura del Deán a la dirección efectiva de la Real Biblioteca fue rechazada de plano. Según el propio Martí, en el ánimo del P. Daubenton pesó —y mucho— el proverbial y notorio antijesuitismo del Deán.²⁰⁷ Desalentado por la realidad social e intelectual española y sacudido por el rigor de la contienda civil —son sus palabras— Martí ardía en deseos de regresar a Italia. Tras haberse malogrado su ascenso a la Real Biblioteca, el helenista se afincó en Alicante, donde halló el consuelo de una nueva amistad ciertamente enriquecedora. Nos referimos a la figura del superintendente de rentas reales de aquella ciudad, el jurista napolitano Felipe Bolifón.²⁰⁸ Exiliado de Nápoles por su parcialidad borbónica durante el conflicto sucesorio, Bolifón había recalado en Alicante, donde disfrutaba de aquel empleo público. Como amigo que era de Gianvincenzo Gravina y del médico real Saturnino Langladio —amén de latinista, degustador del buen gusto en materia de erudición y cicerone del P. Montfaucon durante su estadia napolitana—, Martí no tardó en establecer cordialísimas relaciones con el superintendente. Poco después, el Deán comenzaría a cartearse con su hermano, César Lorenzo Bolifón.²⁰⁹ La figura de Bolifón, analizada con esmero por Antonio Mestre y Enrique Giménez,²¹⁰ iba a resultar crucial en la vida de

²⁰⁵ L. Gil, “El tratado *Περὶ Παθῶν sive De Animi Affectionibus* del deán Martí”, en *Humanitas in honorem A. Fontán*. Madrid, Gredos, 1991, págs. 451-457.

²⁰⁶ Sobre este episodio nos ocupamos más adelante, al abordar la correspondencia con Montfaucon. *Martini Vita*, págs. 155-167.

²⁰⁷ Martí a Mayans (26-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 306.

²⁰⁸ A. Mestre, “Felipe Bolifón: el superintendente humanista”, en *Humanismo [...]*, págs. 43-60.

²⁰⁹ La correspondencia con los hermanos Bolifón llena el tomo IX de los doce libros de cartas del Deán. La número XX contiene el perfil biográfico de Martí trazado por César Bolifón. El epistolario con Felipe Bolifón, como hemos indicado, fue traducido y publicado en 1979 por Jordi F. Pérez i Durá.

²¹⁰ Enrique Giménez, “*La patria sana y restablecida en su pristino estado*. La acción política del humanista Felipe Bolifón”, en *Gobernar con una misma ley. Sobre la Nueva Planta borbónica en Valencia*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999, págs. 197-214.

Martí. Gracias a los esfuerzos del superintendente, del bibliotecario real Gregorio Mayans y Siscar, del secretario de la embajada de Génova, José Octavio Bustanzo, y del embajador inglés, Benjamín Keene, la primera edición de los *Epistolarum libri XII* pudo ver la luz en 1735.²¹¹

Pero las veladas y largas conversaciones eruditas con Bolifón no bastaban para satisfacer al cada vez más taciturno y enfermo Deán. Estamos persuadidos de que la terrible ceguera que mortificó a Martí durante los últimos años de su vida ya había comenzado a manifestarse hacia 1717, impidiéndole o, cuanto menos, dificultándole proseguir sus estudios. Aun así —y por extraño que parezca— el Deán deseaba regresar a Roma. Solía decir que sólo allí hallaría la paz, los libros y los manuscritos que precisaba para adelantar sus investigaciones. Dicho y hecho. Martí consiguió ordenar sus asuntos y, el día 7 de mayo de 1717, se embarcó en Alicante con destino a Italia, decidido “a no regresar jamás a España”.²¹² Su viaje hasta llegar a Roma está perfectamente descrito en la *Martini Vita*.²¹³ En Roma fue acomodado por César Lorenzo Bolifón y se reencontró con su viejo amigo Gravina.²¹⁴ En esta ocasión, el gran centro de operaciones del Deán en Roma fue la llamada *Librería del Cuervo*, junto a la estatua de Pasquini.²¹⁵ Allí conoció a cierto abate Baratta y a Andrea Adami (1663-1740), célebre *castrati*, cantor de las capillas del cardenal Ottoboni y Pontificia —de la que llegaría a ser director— y arcipreste de Santa María la Mayor.²¹⁶ Tres aspectos resultan extremadamente sorprendentes de la relación entre Adami y Martí: primero, que no se hubieran conocido antes, pues Adami había ingresado en la *Arcadia* en 1690;²¹⁷ segundo, que Martí —¿o fue Mayans?— le atribuyese la condición de bibliotecario de la biblioteca del cardenal Giuseppe Renato Imperiale (1651-1737),²¹⁸ y la autoría de cierta *Arcadia illustrada* que no figura en el catálogo de sus obras; tercero y último, que el Deán calificase a su nuevo amigo —un hombre de su misma edad— como *mozo muy erudito y muy estudioso*.²¹⁹ Desde luego, Martí ya no debía ver

²¹¹ A. Mestre, “Estudio introductorio”, en *Epistolario III*, págs. LV-LXII.

²¹² *Martini Vita*, pág. 197.

²¹³ Fueron sus etapas: Marsella, Génova, Liorno, Pisa, Florencia, Siena y, finalmente, la Ciudad Eterna. *Ibidem*, págs. 197-203.

²¹⁴ *Ibidem*, pág. 205.

²¹⁵ *Ibidem*, pág. 209.

²¹⁶ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo I, 1960, págs. 230-231.

²¹⁷ Su sobrenombre era pastor *Caricle Piseo*.

²¹⁸ Detalle que no podemos confirmar en la biografía que figura en el tomo I del *Dizionario biografico degli italiani*. Sin embargo, todo parece indicar que, preso de su proverbial fiebre hiperbólica, Mayans convirtió un simple encuentro entre Martí y Adami en la biblioteca del cardenal, en todo un honroso empleo literario. Martí a Mayans (3-VII-1733), en *Epistolario III*, pág. 307.

²¹⁹ La que Mayans, por supuesto, repita —refiriéndose al arcipreste— *joven erudito*. Sin duda, la voz arropada de Adami y la incipiente ceguera del Deán provocaron el equívoco, ya

muy bien. Sin embargo, su afán de gloria era tan desmedido que, despreciando los síntomas incipientes de su enfermedad, estuvo trabajando durante el mes de abril de 1718 con el monetario de Antonio Sabbatini, anticuario del papa Clemente XI, y un mes entero –mayo de 1718– tratando de restablecer la salud de sus ojos en una habitación completamente oscura.²²⁰ Todavía tuvo tiempo el Deán de girar una visita por las poblaciones de Palestrina, Túsculo y Alba Longa y de trabar relaciones con el marqués de Sacchetti,²²¹ León Strozzi, prelado doméstico del papa Clemente XI,²²² y con el napolitano Francesco Aquaviva y Aragón, embajador español en Roma,²²³ antes de verse obligado a abandonar Italia como consecuencia de la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede (1-VI-1718) tras la ofensiva de Alberoni contra Sicilia.²²⁴ Tras sesenta y siete agotadores días de viaje, y de nuevo en Alicante, el ánimo del anciano helenista estaba completamente exhausto y sus virtuales esperanzas de ensanchar sus trabajos eruditos totalmente frustradas. A partir de entonces su vida se desenvolvería entre su Deanato alicantino, su residencia veraniega de Povil, sus cortos paseos, sus conversaciones con Bolifón –hasta la ruptura entre ambos, acaecida hacia 1732– y la correspondencia con nuevos eruditos extranjeros: el marqués Scipione Maffei, Antonio del Giudice, príncipe de Giovenazzo,²²⁵ José Octavio Bustanzo y el sajón Juan Teodorico Schönberg, que se entrevistó con el Deán el 26 de mayo de 1730 en Alicante y que estuvo interesado en publicar en Leipzig algunos de sus manuscritos.²²⁶

UNA PASIÓN POR LA CIENCIA ANTICUARIA TEÑIDA DE DESENCANTOS: MARTÍ, MONTEAUCON Y MAFFEI

Nadie puede poner en duda que Martí trajo de su primera y dilatada experiencia italiana el estímulo y la formación necesaria para emprender en España estudios arqueológicos, epigráficos y numismáticos de gran enver-

que Adami, *il Volsena*, no era ningún “mozo”, sino un hombre de 53-54 años de edad. *Martini Vita*, pág. 209 y *Epistolario III*, pág. 307.

²²⁰ *Martini Vita*, págs. 211 y 213.

²²¹ *Ibidem*, págs. 219 y 221.

²²² *Ibidem*, págs. 223 y 225.

²²³ *Ibidem*, págs. 217 y 219.

²²⁴ Las cartas dirigidas a Sabbatini, Strozzi, Aquaviva y Cesare Portolano –a quien también debió conocer en este viaje–, fechadas todas ellas en 1717 y 1718, fueron publicadas en el libro X de los doce epistolares latinos.

²²⁵ Que consultó a Martí sobre una vieja inscripción y algunas piezas de su colección privada y que recibió una extensa carta del Deán, fechada el 13 de agosto de 1723. *Epistolarum libri XII* (XI.IX.304-310).

²²⁶ *Martini Vita*, pág. 253. Las cartas entre Martí y Schönberg, dos epístolas fechadas en 1732, en *Epistolarum libri XII* (XI.XII-XIII.315-322).

gadura.²²⁷ Pero si alguna vez tuvo el Deán algo más que la presunción de convertirse en el Klüwer español²²⁸ y componer una *Hispania antiqua* o *Hispania illustrata* –como él mismo manifestó a sus correspondientes, recogió asimismo Mayans,²²⁹ y ha subrayado recientemente Gloria Mora–²³⁰ esto es algo bastante más problemático. En primer lugar porque, como ha señalado la propia Gloria Mora, el proyecto de Martí se gestó –y se materializó parcialmente– al margen de las directrices culturales oficiales y de las instituciones que las representaban.²³¹ En segundo lugar, porque el Deán era un personaje políticamente incómodo: su familia había sido quebrantada por las tropas borbónicas, su último patrón, el Duque de Medinaceli, se había enfrentado con violencia a los ministros franceses y había fallecido en prisión, y, por último, la animadversión de Martí hacia la Compañía de Jesús era del dominio público. Todo ello basta para explicar la negativa del confesor del rey, padre Guillaume Dautenton, a que el Deán sucediese a Gabriel Álvarez de Toledo en 1715 como director de la Real Biblioteca, cargo desde el que podría haber impulsado su programa de investigaciones.²³²

Hay, finalmente, un aspecto en el que apenas se ha reparado. Aunque las incursiones arqueológicas que Martí realizó privadamente en Sagunto e Itálica no eran desconocidas en Europa,²³³ el Deán no se decidió a iniciar una campaña en toda regla para reivindicar su trabajo fuera de nuestras fronteras hasta que su “discolo” discípulo Joaquín Alcaraz hizo público en Roma un pequeño folleto sobre el teatro de Sagunto (1-II-1716), de apenas

²²⁷ A. Mestre, “El Deán de Alicante [...]”, págs. 31 y ss.

²²⁸ El anticuario Philipp Klüwer o Cluver (1580-1623) llevó una vida azarosa en su juventud y recorrió diversos países europeos. Dejó escritas tres importantes obras sobre geografía e historia antigua de Germania, Sicilia e Italia: *Germaniae Antiquae Libri Tres... Adjectae sunt Vindelicia et Noricum eiusdem auctoris*. Leyde, 2 vols., 1612 (reeditada en 1616); *Sicilia Antiqua cum minoribus insulis ei adjacentibus. Item Sardinia et Corsica*. Leyde, 1618; *Italia Antiqua*. Leyde, 2 vols., 1624. Fue asimismo autor de un esbozo de geografía histórica universal o *Introductionis in Universam Geographiam tam veterem quam novam Libri Sex* (Leyde, 1627), que se publicó póstumamente y gozó de gran éxito en sus sucesivas reediciones.

²²⁹ “Proyecto similar tuvo en época de Felipe II [...] Pedro de Esquivel, de Alcalá, profesor de matemáticas en la Universidad de su patria [...]”. *Martini Vita*, págs. 287 y 289.

²³⁰ Gloria Mora, *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*. Madrid, CSIC-Ediciones Polifemo, 1998, pág. 66.

²³¹ *Ibidem*.

²³² L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, págs. 285 y 299.

²³³ Baste recordar, por ejemplo, la epístola a Antonio Félix Zondadari (6-I-1705) sobre el teatro saguntino [*Epistolarum libri XII* (IV.IX.389-404)], o la más temprana a Fabretti (19-IX-1702), requiriendo información sobre cuanto pudiera saberse en Italia acerca del teatro romano de Sagunto [*Epistolarum libri XII* (IV.I.352)]. F. Jordi Pérez i Durà - J. M^a Estellés i González, *Sagunt. Antigüedad e Ilustración*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, págs. 75-76.

veinticuatro páginas, dirigido a obtener la protección y mecenazgo del cardenal Gualtieri.²³⁴ Era Joaquín Alcaraz un joven prometedor,²³⁵ discípulo de Martí en Madrid e hijo de su amigo D. Marcos Alcaraz que, habiéndose instalado en Roma tras la Guerra de Sucesión, quiso probar fortuna comunicando a la República de las Letras los descubrimientos saguntinos de su maestro.²³⁶ En opinión de Luis Gil –que en esto sigue a Antonio Ponz– *el joven Alcaraz menciona debidamente a Miñana y a Martí y en realidad no daba motivo suficiente para levantar tan gran indignación en el Deán.*²³⁷ Pero Martí, como de costumbre, pensó que su nombre y gloria corrían un serio peligro, y movilizó a todas sus amistades para que refrenasen al impostor y le afeasen su plagio.²³⁸ De una manera harto grandilocuente, Gravina prometió a su amigo denunciar el caso ante los tribunales romanos,²³⁹ y hasta es posible que el *affaire* Alcaraz fuera –de hecho– uno de los grandes detonantes del segundo viaje a Italia del Deán. No en vano, Mayans apuntará en la *Martini Vita* que *un día antes de la entrada de Martí en Roma, Joaquín Alcaraz, que no se atrevía a mirarle a la cara, salió de la Urbe y se refugió en Venecia. De allí pasó a Holanda donde, en un furibundo arrebato, publicó un libelo difamatorio.* La mitra de Martí, *falleciendo poco después consumido de tristeza [...].*²⁴⁰

Otro de los amigos a los que recurrió Martí fue el médico real Saturnino Langladio, quien, al punto de conocer las jactancias anticuarias de Alcaraz, señaló al Deán la conveniencia de entablar comercio epistolar con el célebre maurino Bernard Montfaucon (1655-1741), cuya *Antiquité expliquée et illustrée* casi estaba en punto de correrse de molde.²⁴¹ El erudito y helenista benedictino, ayuno como estaba de noticias sobre la España romana, aceptó de inmediato el generoso ofrecimiento e inició un jugoso intercambio literario llamado a perdurar –de una manera directa– durante once años (1716-1727)²⁴² y –de hecho– hasta el fallecimiento del Deán, según se desprende del interés que Martí puso en que sus doce libros episto-

²³⁴ *Martini Vita*, pág. 379 (comentario al n.º 103).

²³⁵ El aprecio inicial de Martí por Joaquín Alcaraz puede constatarse en dos cartas del Deán, fechadas en 1708 y 1712, publicadas en *Epistolarum libri XII* (VII.VI-VII.10-14).

²³⁶ Sobre Alcaraz pueden leerse las dolidas frases de Martí en sus cartas a Mayans. *Epistolarum libri III*, págs. 44-48, 261, 272 y 306.

²³⁷ *Martini Vita*, pág. 379 (comentario al n.º 103).

²³⁸ Martí a Gravina (4-IV-1716), en *Epistolarum libri XII* (I.VII.21). En la carta, Martí afirma haber comunicado los hechos a Antonio Félix Zondadari (I.VII.22).

²³⁹ *Martini Vita*, pág. 191.

²⁴⁰ *Ibidem*, pág. 203.

²⁴¹ El origen sobrevenido de la correspondencia entre Martí y Montfaucon puede conocerse a través de la primera carta del Deán al helenista maurino. Martí a Montfaucon (7-V-1716), en *Epistolarum libri XII* (VIII.I.60 y 67).

²⁴² Probablemente, las 29 cartas editadas en el libro VIII de los doce de epístolas martinianas fueran todas las que cruzaron Montfaucon y el Deán.

lares llegasen a manos de Montfaucon.²⁴³ Los detallados estudios de Jordi Pérez Durá, José M.^a Estellés y Gloria Mora bastan para valorar en su justa medida esta notable colaboración.²⁴⁴ Recordemos, no obstante, que el objeto fundamental de la misma fueron sendas disertaciones martinianas, acompañadas de varias láminas, sobre las ruinas de Itálica y el teatro de Sagunto, publicadas en versión bilingüe en los volúmenes segundo y tercero de *l'Antiquité expliquée* respectivamente.²⁴⁵ Como consecuencia de la famosa peste marsellesa, Martí no recibió los diez tomos de las *Antigüedades* de Montfaucon hasta el año 1722. *Va a suceder algo bueno, feliz y afortunado: los libros de Montfaucon, por fin, llegaron a mis manos [...]. En esta obra se cita continuamente mi nombre. Incluso aquel famosísimo hombre editó en aquella nuestra disertación De Theatro Saguntino bilingüe: en latín y traducida por él en francés. Esto lo tengo como un honor extraordinario.*²⁴⁶ Pero hubo también otras notificaciones, especialmente sobre los restos arqueológicos conservados en el museo de los Medinaceli de Madrid y en el Palacio de Pilatos de Sevilla, sobre la nave hallada en Cartagena en 1716 y sobre diferentes piezas cerámicas que el Deán cosechó en Roma en 1718.²⁴⁷

En la relación entre Martí y Montfaucon no todo fueron elogios y parabienes. El Deán había pensado en convertir al maurino en su cabeza de puente en París. Desde este faro de la República de las Letras, el de Oropeza no sólo deseaba que el benedictino propagase su valía como anticuario y numismático, sino aun que respaldase sus iniciativas ante los editores parisinos, a quienes debía creer rendidos a sus pies. Ya en 1710, Juan Interián de Ayala había despertado en Martí el ansia de reunir su epistolario latino –que ambos consideraban enormemente enjundioso– y publicarlo para que Europa entera pudiese comprobar que España no era un mero lodazal de “inmundicia” escolástica y barroca.²⁴⁸ El Deán se excusó alegando los sinsabores de la contienda, pero no dejó de acariciar el proyecto, de modo que, apenas iniciada su segunda estancia en Italia, reveló a Felipe Bolifón: *sobre las Epístolas sondearé a los de París con la ayuda de Montfaucon, pues aquí [Roma] hay cada vez menos tipógrafos.*²⁴⁹ Montfaucon no respondió como se esperaba: *quiso ante todo que Martí le informara de qué tipo eran [...] las epístolas, si se acomodaban a la historia de aquella época, que es*

²⁴³ *Epistolario III*, págs. 363-370, 391 y 398.

²⁴⁴ J. Pérez i Durá - J. M.^a Estellés González, *Sagunt [...]*, especialmente págs. 75-89; G. Mora, *Historias de mármol [...]*, especialmente págs. 66, 72, 95 y 100.

²⁴⁵ París, 10 vols., 1719 [vols. II, 2ª parte, lám. CLII y págs. 212 y ss., y III, 2ª parte, págs. 237 y ss.].

²⁴⁶ Martí a Mayans (21-VII-1722), en *Epistolario III*, pág. 81.

²⁴⁷ *Martini Vita*, págs. 183-187.

²⁴⁸ L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, pág. 301.

²⁴⁹ Martí a Bolifón (4-IX-1717), en F. J. Pérez Durá, *Epistolario Martí-Bolifón*, pág. 46.

la que suelen preferir los mercaderes de libros [...]; en una palabra, le pidió que le describiera todo minuciosamente, prometiéndole que obraría en forma de satisfacer no sólo su deseo, sino también velar por su fama y alabanza. [...]. Todo esto se intentó en vano, pues, tras dimes y diretes, no se sacó nada en limpio.²⁵⁰ Quince años después, Martí guardaba vivo el recuerdo del desdén con que había sido tratado por los editores parisinos. Aunque la impresión de París no es mala, conosco el genio de aquellos impresores y sé que no entrarán en escribir mis Epístolas, por no contener memorias o noticias pertenecientes a la [h]istoria del tiempo. Que si contuvieran eso, ellos me rogaran. Sin embargo de ser yo muy conoído en París.²⁵¹ El descorazonador resultado de las gestiones del maurino pudo ser –tal vez– la causa de que la relación entre ambos fuese enfriándose. Y así debió ser, ciertamente, pues, aunque Martí llegó a recibir, al menos, los ocho primeros tomos de las obras completas greco-latinas de San Juan Crisóstomo editadas por Montfaucon,²⁵² ya no llegaron a su poder los cinco volúmenes en folio del suplemento a la *Antigüedad* (1724), que Martí se vio obligado a comprar, desembolsando una fuerte suma de dinero.²⁵³

La colaboración intelectual entre Martí y el marqués Scipione Maffei (1675-1755) es sobradamente conocida. No obstante, los avatares de la relación entre ambos eruditos distan mucho de haber sido desentrañados en su totalidad. En su estudio sobre Mayans y la historiografía del XVIII, Antonio Mestre ya estableció una diferencia sustancial entre la colaboración pública de Martí con la monumental empresa lapidaria del aristócrata veronés y su íntimo desprecio por la “superficialidad y nula calidad” del conjunto de su obra.²⁵⁴ Sin embargo, el sentido de la objetividad y el juicio mesurado –como se sabe– no eran los fuertes del Deán y, en consecuencia, es menester escarbar con diligencia sus frases hasta dar con los motivos inspiradores –casi siempre personales– de sus sulfurosos comentarios. Ignoramos cómo y cuándo pudo Maffei afrentar a Martí. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que nuestro Deán se sentía profundamente dolido por ciertos comentarios despectivos que –según decía– también habían llegado a oídos de José Octavio Bustanzo: y más que el Sr. Maffei se ha portado infamemente conmigo, por cuentos de que está informado el Sr. Bustanzo, y podrá referir a Vm.²⁵⁵ Esta frase descarta la existencia de un simple senti-

²⁵⁰ *Martini Vita*, pág. 207.

²⁵¹ Martí a Mayans (22-II-1732), en *Epistolario III*, pág. 219.

²⁵² Martí a Mayans (26-VIII-1724), en *ibidem*, pág. 153.

²⁵³ Martí a Mayans (4-III-1725), en *ibidem*, pág. 169.

²⁵⁴ A. Mestre, *Historia, fueros [...]*, págs. 63-64 y 67. En efecto, Martí conocía la obra impresa de Maffei, pues éste le había remitido desde Verona un total de 14 volúmenes con el fin de conquistar al Deán para su empresa epigráfica. Martí a Mayans (19-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 301.

²⁵⁵ Martí a Mayans (8-II-1736), en *ibidem*, pág. 382.

miento de malestar ante la tardanza del Marqués en dar a las prensas los hallazgos epigráficos españoles de Martí e induce a pensar en un agravio de mayor fuste. Y el Deán, ciertamente, estaba muy irritado con el veronés: su idea [de Maffei] es recorrer todas las provincias literatas de la Europa, menos la España, adonde no puede entrar por motivos políticos que quizá le costarían la vida, enigma que he de[s]cifrado a algunos señores de la Corte que sobre esto me interrogaron.²⁵⁶

¿A qué “motivos políticos” se refería Martí? ¿Estaban éstos relacionados de alguna manera con sus sentimientos de hostilidad hacia Maffei? ¿Realmente llegó a informar a Madrid del “secreto” sobre las supuestas “veleidades” del Marqués? ¿Quién le había informado acerca de las mismas? Ninguno de los perfiles biográficos que hemos consultado sobre Scipione Maffei alude o menciona clase alguna –real o supuesta– de actividad política del veronés. Es más, se sabe que, pese a la neutralidad veneciana durante la Guerra de Sucesión, los hermanos Maffei –Alessandro y Scipione– lucharon contra las tropas imperiales y tuvieron una participación destacada en la batalla de Donauwörth (1704).²⁵⁷ Así pues, si alguna vez tuvo Maffei vedada su entrada en España por “motivos políticos”, éstos no parecen hallarse relacionados –en principio– con su actitud durante el conflicto sucesorio español. En todo caso, es posible que las insinuaciones de Martí apuntasen, tal vez, hacia las opiniones del aristócrata sobre los tratados de Viena (1725) o de Sevilla (1729). Y, si no estamos completamente desorientados, no es improbable que el informador del Deán hubiese sido el propio Bustanzo o, en su defecto, el exiliado Conde de Cervellón, con quien Martí solía cartearse y abordar su colaboración con Maffei.²⁵⁸

Ninguno de estos extremos ha podido ser rastreado en el texto de la *Martini Vita*. Pero destacar el comercio intelectual entre el Deán de Alicante y el marqués Scipione Maffei significaba, a la altura de 1735, aureolar al anciano erudito español con un nada despreciable timbre de gloria, pues el veronés era en aquellos momentos uno de los intelectuales más conocidos de toda Europa. En consecuencia, Mayans procuró resaltar cuanto pudo el peso de la contribución martiniana a la nueva colección epigráfica del Marqués, sin dejar de airear su particular intervención en la transcripción de unas cuantas inscripciones valencianas inéditas y, por supuesto, sin descubrir las opiniones personales de su biografiado sobre Maffei.²⁵⁹ Pero no lancemos las campanas al vuelo. Si alguna esperanza albergaban Martí o Mayans de ver recompensados sus esfuerzos con la publicación del nonato

²⁵⁶ Martí a Mayans (12-VI-1733), en *ibidem*, pág. 300.

²⁵⁷ Alessandro Maffei sirvió como mercenario en las formaciones bávaras que apoyaron a las fuerzas de Luis XIV y su hermano Scipione le acompañó en el citado enfrentamiento. G. Gasperoni, *Scipione Maffei [...]*, pág. 98.

²⁵⁸ Martí a Mayans (24-IV, 16 y 23-III-1735), en *Epistolario III*, págs. 285, 338 y 340.

²⁵⁹ *Martini Vita*, págs. 241 y 243.

Corpus Inscriptionum maffeiano y el reconocimiento a escala europea de su erudición lapidaria, ésta quedó completamente defraudada por la propia magnitud casi inabarcable de la empresa, y por la falta de constancia y subsidios del Marqués. A mediados de 1733, once años después de haber iniciado sus contactos con el veronés, Martí era plenamente consciente de este nuevo fracaso.²⁶⁰ *No puedo dexar de contar a Vm. cierta resolución extravagante del marqués Maffei. Y es que ha emprendido una peregrinación a toda Alemania, Francia, Olanda, Flandes y Inglaterra, con la idea de buscar inscripciones antiguas y medallas para la famosa obra que está meditando. Ha de suponer Vm. que es un hombre que tiene más edad que yo [sic]. Y mil hombres, mal he dicho, diez mil, repartidos por las provincias europeas, no son capaces de executar lo que él solo pretende. Se ha tenido, y tiene, por demencia semejante empressa [...]. Es un hombre extravagante y loco. Y con esta resolución infructuosa se ha acabado de confirmar por tal.*²⁶¹

Aunque el Deán solía filtrar la información según su particular cedazo, en esta ocasión no andaba desencaminado. Con todo, el proyecto maffeiano de un *iter europeum* se remontaba a los meses inmediatamente posteriores a la Guerra de Sucesión española y poseía, en principio, un carácter marcadamente reivindicativo de la cultura italiana.²⁶² El viaje no fue posible en 1714 y hubo de posponerse hasta 1732, momento en que precisamente Maffei acaba de hacer público su *Prospectus universalis Collectionis latinarum veterum, ac graecarum, et ethnicharum, et christianarum Inscriptionum* (Verona, 1732),²⁶³ gracias al apoyo de la Sociedad Veronesa y a los buenos oficios del conde Gian Francesco Muselli.²⁶⁴ Así pues, daba la impresión –y, en parte, era cierto– que el aristócrata veronés había partido a recorrer Europa con la idea de recopilar personalmente su colección de inscripciones. Y, en verdad, su expedición perseguía cosechar las inscripciones epigráficas inéditas, así como las publicadas durante los últimos doscientos años, tomando como punto de partida las grandes colecciones lapidarias de Grutter y de Fabretti.²⁶⁵ Pero, al mismo tiempo, el marqués deseaba visitar la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y la Biblioteca Real de París, y promocionar su propia obra –así como la de algunos compatriotas– esta-

²⁶⁰ En los *Epistolarum libri XII* se publicaron seis cartas cruzadas entre Martí y Maffei: las cinco primeras corresponden al año 1722 y la sexta a 1724. *Epistolarum libri XII* (XI.I-VI.280-301).

²⁶¹ Martí a Mayans (12-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 300.

²⁶² F. Waquet, *op. cit.*, págs. 118-120.

²⁶³ Aunque también –no debemos olvidarlo– su *Verona Illustrata* (Verona, 1732).

²⁶⁴ G. Gasperoni, *op. cit.*, pág. 174.

²⁶⁵ En este sentido, convendrá destacar que durante su estancia en Francia Maffei trabó conocimiento con el docto erudito François Séguier, quien, desde entonces, se convirtió en colaborador indispensable y secretario del marqués. *Ibidem*, págs. 178-180.

bleciendo contratos editoriales y de suscripción con los libreros franceses.²⁶⁶ Mientras se preparaban, pues, las dos ediciones –madrileña y amstelodamesa– de los *Epistolarum libri XII*, Maffei se hallaba en Francia (1732-1736) expurgando bibliotecas, visitando museos y tratando de hacer valer la cultura italiana ante el mundo erudito y editorial francés.

No es momento de valorar la personalidad intelectual y la obra del marqués Scipione Maffei.²⁶⁷ Baste señalar que su colección epigráfica fue uno de los proyectos más imponentes no sólo de su propia carrera, sino también de la misma época en que fue concebido. El veronés pretendía publicar, ordenar, clasificar y facilitar la consulta de todos los materiales lapidarios recopilados desde las *Inscriptiones antiquae* (1603) de Grutter hasta las *Inscriptionum antiquarum* (1699) de Fabretti, pero al mismo tiempo aspiraba a reunir nuevos y copiosos materiales inéditos, razón por la cual precisaba la colaboración de todos los anticuarios europeos. A decir verdad, Maffei no tuvo demasiada suerte. En primer lugar, porque hacía tiempo que Ludovico Antonio Muratori estaba trabajando en la misma línea recopilatoria, aunque de una manera más discreta y sistemática. Al conocer el *Prospectus* Muratori quedó perplejo, pero se aprestó a escribir al conde Muselli para observar que valoraba la tenacidad del veronés y que si éste era capaz de culminar la empresa pasaría sin duda a la posteridad.²⁶⁸ Es posible, incluso, que Martí estuviese al cabo de la coincidencia, pues se carteaba con el conde Carlo Rinuccini, amigo de Muratori y Buonarroti, e intermediario entre el Deán y Maffei.²⁶⁹ En segundo término, porque –con la excepción de Benedetto Bacchini, François Séguier y puede que con la del propio Martí, que le remitió nada menos que 418 inscripciones y 160 monedas–²⁷⁰ el marqués no pudo conseguir sino la ayuda de unos cuantos eruditos italianos, muchos de ellos meros aficionados.²⁷¹ Y, finalmente, porque la propia empresa

²⁶⁶ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 45, 57-58 y 113.

²⁶⁷ Además de los libros de Gaetano Gasperoni y de Françoise Waquet que venimos citando, en cuyas páginas podemos seguir –además– la evolución de la historiografía maffeiana (en la que destacan los trabajos de Celestino Garibotto, editor del epistolario maffeiano correspondiente a 1700-1755, Arnaldo Momigliano, Luigi Rossi y Giuseppe Silvestrini), debemos referirnos también a la esclarecedora síntesis de Gaetano Compagnino y Giuseppe Savoca, titulada “Scipione Maffei e la cultura veneta: giornalismo, erudizione, riforme”, en *Dalla vecchia Italia [...]*, págs. 205-213.

²⁶⁸ G. Gasperoni, *op. cit.*, pág. 174.

²⁶⁹ *Epistolarum libri XII* (XI.VII.302-303). A. Mestre, “Muratori y la cultura española”, en *El mundo intelectual de Mayans*. Valencia, 1978, págs. 31 y ss.

²⁷⁰ Existe una discrepancia entre los párrafos n^{os} 138 y 167 de la biografía martiniana, donde Mayans señala que Martí remitió a Maffei 418 y 414 inscripciones, respectivamente, unas publicadas en libros de difícil consulta y otras inéditas. *Martini Vita*, págs. 243 y 289. Esta discrepancia crece cuando comprobamos que el Deán, en sus apuntes autobiográficos, precisa haber enviado al veronés 514 inscripciones. L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 313.

²⁷¹ Becelli, Bevilacqua, Carinelli, Marioni, el canónigo Muselli, Olivieri, Panagioti, Pindemonte, el marqués Poleni, Torelli, Zandrini, etc. G. Gasperoni, *op. cit.*, págs. 175-179.

—como había pronosticado el Deán—, amén de exigir una notable inversión editorial, era ciclópea e interminable. Así pues, el gran proyecto del marqués Maffei quedó finalmente reducido al discurso introductorio de la obra, titulado *Artis criticae lapidariae*,²⁷² publicado póstumamente dentro del *Novus Thesaurus* de Muratori (Luca, 1765).²⁷³ Éste, sin embargo, tuvo el mérito de ilusionar al desencantado Deán de Alicante, de revitalizar los estudios epigráficos en nuestro país y de propiciar que Manuel Martí volviese a acariciar por última vez el viejo proyecto de redactar una *Hispania antiqua*.²⁷⁴

CONCLUSIÓN PROVISIONAL

La biografía mayansiana de Manuel Martí Zaragoza publicada en 1735 se redactó de una manera apresurada y a distancia.²⁷⁵ Para componerla Mayans sólo pudo contar con los *apuntes autobiográficos* suministrados por el propio Deán, con los jirones de su correspondencia latina, y con los testimonios y las opiniones vertidas por Martí en las cartas dirigidas a su joven biógrafo. El erudito de Oropesa —anciano, enfermo y completamente ciego— vio en la edición de los *Epistolarum libri XII* y de su propia *Martini Vita* la última oportunidad de inmortalizar su fama. Pero su memoria —como todas las humanas— estaba repleta de recuerdos tamizados por su personalidad. Y el Deán —no lo ignoran sus estudiosos— era un hombre vanidoso y engreído que culpaba a la patria ignara de su propio fracaso. Se sentía —o afirmaba sentirse— tiranizado por una “sociedad de hierro”, la española; él, que podría haberse convertido en uno de los grandes sabios de la República Literaria si hubiera conseguido echar raíces en la “tierra áurea” de Italia. Y Mayans le creyó: no sólo porque compartiese su pesimismo sobre la inveterada “barbarie” nacional, sino porque estaba convencido de que el prestigio alcanzado por el Deán fuera de nuestras fronteras estaba llamado a abrirle —a él, a su biógrafo— las puertas de la Europa culta. Y así, todo cuanto Martí indicaba sobre sí mismo, D. Gregorio lo enfatizaba más allá de los límites que cualquier historiador consideraría lícitos.

El resultado no fue otro que el que hemos intentado esclarecer a lo largo de estas páginas: una biografía artificiosa, grandilocuente y sembrada de inexactitudes; una burbuja, en suma. Aun así, nadie puede negar al Deán

²⁷² Texto en el que ya trabajaba Maffei cuando inició su comercio epistolar con Martí. Martí a Mayans (29-XI-1722), en *Epistolario III*, pág. 90.

²⁷³ G. Gasperoni, *op. cit.*, págs. 168-170 y 489.

²⁷⁴ G. Mora, *op. cit.*, págs. 64-66.

²⁷⁵ Sobre esta cuestión puede consultarse el estudio introductorio de la *Martini Vita*, págs. 26-35.

su grandeza —la grandeza de un español excepcional en su siglo—, su dominio de las lenguas clásicas, su competencia en las ciencias auxiliares y esa maestría martiniana para el detalle, para la composición breve, para la nota erudita —*animadversio, castigatio, adversaria*—. Lo prueban sus esencialmente valiosas notas a Amonio Hermes,²⁷⁶ a los *Idilios* de Teócrito,²⁷⁷ a Aristófanes²⁷⁸ o a Homero.²⁷⁹ Pero Martí fue incapaz de producir una obra verdaderamente importante, uno de aquellos monumentos de erudición —Vossio, Grutter, Escaligero, Fabretti— que tanto admiraba. El juicio de los martinianos de hoy sobre las presuntas obras maestras del Deán resulta concluyente: el llamado *Etymologicon magnum Linguae Latinae* no es más que un extenso, irregular e inconcluso prontuario de voces reunido a trompicones durante su primera estancia en Roma;²⁸⁰ su traducción de los *Commentarios homéricos* de Eustacio —empresa “sugerida”, al parecer, por Fabretti, Zaccagni y Buonarroti— es pieza falta de lima;²⁸¹ su *Antología griega* fue copiada con bastante descuido de obras en su mayoría publicadas;²⁸² sus versiones latinas de los epigramas griegos y sus *Martialis disticha* son trabajos anacrónicamente literarios de escaso rigor filológico.²⁸³

Resulta indudable que Martí trajo de Italia una formación bibliotecaria y erudita bastante sólida adquirida en las bibliotecas Vaticana, Ottoboniana y Barberina, un conocimiento más que suficiente de las líneas maestras de la cultura de su tiempo, renovadas inquietudes intelectuales y el afán de realizar una aportación relevante en el dominio de la erudición filológica y anticuaria. La Ciudad Eterna dejó, pues, una huella indeleble en el Deán. Pero ¿llegó Martí alguna vez a desempeñar en Roma el protagonismo del que solía presumir? Todo parece indicar que no fue así. Todo apunta a que nuestro Deán nunca llegó a representar más que un papel secundario en

²⁷⁶ *Martini Vita*, pág. 295.

²⁷⁷ L. Gil, “Las *Notae in Theocritum* del deán Martí”, en *Estudios de humanismo [...]*, págs. 315-346.

²⁷⁸ *Martini Vita*, pág. 301.

²⁷⁹ L. Gil, “Las *Animadversiones in Homerum* del deán Martí”, en *Estudios de humanismo [...]*, págs. 347-361.

²⁸⁰ José María Estellés González, “Consideraciones a tener en cuenta en la edición de textos humanísticos: a propósito del *Diccionario Etimológico de la Lengua Latina* de Manuel Martí”, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico [...]*, págs. 1145-1152 y “Manuel Martí y Zaragoza: *Etymologicon Linguae Latinae Adversaria*”, en F. J. Pérez i Durá - J. M. Estellés (eds.), *Los humanistas valencianos [...]*, págs. 181-212.

²⁸¹ Este manuscrito de 508 folios se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia. Según manifestaba Martí, el anuncio hecho por Montfaucon de la inminente edición de esta obra por parte de un erudito francés le hizo desistir de su culminación. *Martini Vita*, pág. 207.

²⁸² L. Gil, “El deán Martí y la *Antología Griega*”, págs. 33-65.

²⁸³ L. Gil, “Entre clérigos anda el juego. La versión griega de los *Martialis disticha* del deán Martí y el *Lusus convivialis* de Interián de Ayala”, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos. Nueva Serie*, 1 (Madrid, 1991), págs. 29-42.

aquel escenario prodigioso de la Roma papal tardo-barroca. En aquellos momentos, la capital de los estados pontificios intentaba mantener una posición hegemónica en el contexto de la cultura italiana finisecular, al tiempo que aspiraba a rivalizar con el saber holandés, con la ciencia inglesa y con la erudición francesa del *Grand Siècle*. ¿Hasta qué punto fue consciente Martí de esta doble “crisis de la conciencia italiana”? Aunque siempre resultará difícil pronunciarse al respecto, parece suficientemente claro que ninguna de sus manifestaciones cimeras –ni el impulso centralizador de la *Arcadia*, ni la pugna cultural italo-europea, especialmente italo-gala– dejó algo más que la huella de un eco sordo entre los papeles del erudito helesnista valenciano.